

## ÚNICA MIRANDO AL MAR

*Fernando Contreras Castro (costarricense)*

*Para mis abuelos:  
Rafael Castro Piepper y  
Amparo Villegas de Castro  
Por tanto cariño y tantas anécdotas*

...Celso Coropa recogió en la  
palma de su mano un rayo  
de sol y suspiro:  
-¡Hay veces que no me  
gusta la vida!...  
Frente a el, había como una  
Tortura de raíces y bejucos.  
-...Y hay veces que si-Aña-  
dio.  
Entre la tortura de raíces y  
Bejucos habían una flor.

**Carlos Salazar Herrera.**  
*La Montaña.  
Cuentos de Angustias y Paisajes.*

I

Mas por la vieja costumbre que por cualquier principio ordenador del mundo, el sol comenzó a salir agarrado del filo de la colina, como en un último esfuerzo de montañista pendiendo sobre el abismo de la noche anterior.

El bostezo imperceptible de las moscas y el estirón de alas de la flota de zopilotes, no significaron novedad alguna para los buzos de la madrugada. Entre la llovizna persistente y los vapores de aquel mar sin devenir, los últimos camiones, ahora vacíos, se alejaban para comenzar otro día de recolección. Los buzos habían extraído varios cargamentos importantes de las profundidades de su mar muerto y antes de que los del turno del día llegaran a sumar sus brazadas, se apuraban a seleccionar sus presas para la venta en las distintas recicladoras de latas, botellas y papel, o en las fundidoras de metales más pesados.

Los buzos diurnos comenzaban a desperezarse, a abrir la puertas de sus tugurios edificados en los precarios de las playas reventadas del mar de los peces de aluminio reciclable. Los que vivían mas lejos, se preparaban para subir la cuesta de arcilla fosilizada que contenía desde hacía ya veinte años el paradero de la mala conciencia de la ciudad.

Como fue al principio, y no pararía hasta el apocalíptico instante de su cierre, a eso de las seis de la mañana los lepidópteros gigantes esperaban a sus operarios para comenzar a amontonar las ochocientas toneladas de basura que la ciudad desecha diariamente; como fue al principio, los operarios de los tractores se calentaban primero con un café con leche que servían de una botella de cocacola envuelta en una bolsa de cartón. Después , a bordo de sus maquinas, emprendían la subida.

Salvo el descanso del almuerzo y el del café de la tarde, todo el día removían y amontonaban basura, como una marea artificial, de oeste a este, de adelante hacia atrás con la vista fija en las palas, mientras las poderosas orugas vencían los espolones de plástico de las nuevas cargas que depositaban los camiones recolectores; de

adelante hacia atrás, todo el día, como herederos del castigo de Sísifo sin haber ofendido a los dioses con ninguna astucia particular.

A las ocho de la mañana el sol ya alumbraba precariamente la pudredumbre de algún octubre ahogado entre los nueve meses de lluvia anuales de la Suiza Centroamericana.

El Bacán, con sus cuatro o cinco años, esperaba sentado sobre los restos mortales de una cocina, encallados ahí desde hacia tanto tiempo que ya era casi inimaginable el basurero de Río Azul sin ellos. No muy lejos, los buzos trabajaban con el único horario posible en ese lugar: el flujo y reflujo de los camiones recolectores.

Mujeres de edades indescifrables a menudo, hombres y niños sin edad alguna rumiaban lo que la ciudad había dado ya por inservible, en busca de lo que azar también hubiera tirado al basurero.

El Bacán esperaba aperezado en su cocina usual vigilando de cuando en cuando a una de las mujeres, tratando de distinguirla entre las demás compañeras de buceo; cada vez que se percataba, espantaba las moscas de su cara y sus brazos, mientras jugaba con un juguete hallado ahí mismo no hacía mucho tiempo, su juguete nuevo.

Algo brillo un instante entre lo negro de la basura e hizo que el niño dejara su lugar privilegiado y se internara un poco entre los desechos. El niño perdió de vista el resplandor, por lo que tuvo que devolverse caminando hacia atrás hasta encontrarlo nuevamente. En ese juego estuvo largo rato, hasta que logro seguir el brillo fugaz que lo llevo hasta un objeto medio enterrado en la basura. Lo tomo por donde pudo y tiro de el. Algo casi redondo salió de entre la basura y se fue pareciendo a una manzana conforme El Bacán lo frotaba contra su camiseta. Era una manzana dorada, con una inscripción: "Paaaa-rr-ra llla mmmmas belllllla", "Para la mas bella" leyó el niño comprendiendo a duras penas la frase.

La escondió bajo su ropa y regreso a su lugar. Paso un par de horas repitiéndose la frase en voz alta sin que la belleza como concepto acabara de cuajar en su mente. Aquella frase no tenía ningún sentido posible más allá de unas cuantas palabras de las que usaba sueltas en su lenguaje cotidiano.

El niño se puso de pie guardando el equilibrio sobre sus piernas flacas, se afirmó lo mejor que pudo y lanzo la manzana hacia la basura de donde había salido. Como aspirada en un bostezo de la tierra, la manzana se hundió con su vocación frustrada.

La mujer que el niño esperaba, vino de lejos la escena y dejo su búsqueda para correr hacia el lugar donde creía haber visto caer el objeto dorado; pero ni su mejor esfuerzo, ni su vasta experiencia en el buceo de profundidad sirvieron para recuperar la cosa. Voltio la cara hacia el niño y lo miro con las cejas y los labios arqueados, como si aquel hecho intrascendente hubiera tensado en su rostro el arco de su desesperanza. El Bacán correspondió el gesto añadiéndole un subir y bajar de hombros que termino de aclarar a la mujer que ni tirando al tiempo hacia atrás de los cabellos de la nuca podría saber de que se trataba aquello que el niño había menospreciado sin criterio.

El niño, de inteligencia precoz, y Única Oconitrillo maestra agregada, pensionada a la fuerza a sus cuarenta y pico de años, por esa costumbre que tiene la gente de botar lo que aun podría servir largo tiempo, formaban un binomio indisoluble. Ella le enseñó a hablar, y el le imprimió un sentido a su vida.

A alturas de sus presumibles cuatro años, ya Única le había enseñado a leer, y no le permitió bucear hasta casi sus diez años, cuando se percató de que hacía tiempo ya, El Bacán buceaba a sus espaldas en busca exclusivamente cualquier cosa que leer, de octubre en octubre, o de nada en nada, entre las coordenadas de un tiempo, que de puro estar tirado ahí, también se venía pudriendo en vida, pasando vertiginosamente despacio, o lentamente apresurado, como abstrayendo a sus usuarios de la milenaria tradición de sentir que se le va a uno la vida entre las fauces de lo irremediable.

La luz del mediodía se filtro en las pestañas escasas de un viejo, y una figura difícil de determinar le dirigía palabras que comprendía. El viejo se atrevió a abrir más sus ojos para dar cabida a la figura que se agitaba enfrente. Un pedazo de cartón le abanicaba precariamente la cara; unido al cartón, la mano que lo agitaba parecía sostener a la vez que el, que se empeñaba en hacerle sombra y librarlo de las moscas que ya se lo disputaban en medio de su alegato ininterrumpible de zumbidos. —Mucho gusto, Única Oconitrillo para servirle.-

El hombre se incorporo y miro a la mujer. El tenía esa cara de asombro de quien se ha dado por muerto y de pronto, sin previo aviso, se despierta para comprobar que aun no le había sido dado el beneficio de la muerte.

-Llevo por lo menos dos horas aquí sentada cuidando que no se lo almuercen las moscas ni los zopilotes, señor.-

Al hombre aun se le hacia difícil entender las palabras; estaba quemado por el sol y confundía los humores fétidos del basurero con un ruido dentro de su cabeza. Única Oconitrillo le ayudo a levantarse y lo codujo hasta su tugurio, donde le ayudo también a despojarse de un poco de ropa de más que andaba encima y abajarse poco a poco la fiebre para que sobreviviera en aquel Más Allá donde la muerte, por lo general prematura, acumula todo lo que la ciudad desecha.

Varias horas después, el hombre se sentía físicamente mejor. Única lo había cuidado casi todo el día, descuidando así sus labores de biorrecicladora; pero el hombre aun no hablaba, y no hablo en los dos días siguientes, en los que se limito a sentarse a la puerta del tugurio a contemplar los movimientos del basurero.

Al tercer día Única se desespero:

-O me dice usted por lo menos como se llama, o yo no me hago mas cargo de usted....

Logro atacar la mirada del hombre y no pudo evitar un sobrecogimiento al verlo a los lejos.

El hombre recordó su nombre y lo retuvo en su mente solo un momento. Ese nombre ahora era el nombre de otro; sobre el había perdido ese nombre todas sus funciones clasificatorias capaces de distinguirlo de los demás costarricenses. Su número de cédula también bailó una danza de payasos con el número de su calle y el color de su casa, antes de hundirse para siempre en el basurero de su nostalgia.

El hombre ya no tenía nombre, y la mujer le estaba exigiendo uno.

A cambio de tantas atenciones brindadas por la mujer buzo, el viejo trabajó durante unos momentos en la fabricación de un nombre nuevo que se ajustara a lo que estaba comenzando a ser. De lo más oscuro de su mente, y en analogía evidente con el basurero, el hombre elaboró un nombre extraño y grotesco para alguien que en otro tiempo se había reconocido en su rubrica, y en sus apellidos había reconocido por lo menos durante sesenta y seis años su ascendencia familiar, pero que a Única Oconotrillo, por el contrario, no pareció irritar en lo más mínimo. El viejo se incorporó, respiró el omnipresente aliento fétido del basurero y dijo:

-Señor, me puede usted llamar Momboñombo Moñagallo, y si le intriga saber que diablos estaba haciendo yo ahí tirado el jueves pasado, también se lo voy a decir. Señora yo estaba ahí tirado entre la basura porque el jueves pasado, a eso de las siete de la mañana, a la hora que pasa el camión recolector, tome la determinación de botarme a la basura. Me levante de madrugada, acomode todo en su lugar, ojee por última vez las viejas fotografías de mi familia, le abrí la puerta de la jaula al canario, cerré mi casa, y ¡listo!, me bote al basurero. Me monte por mis propios pies al camión de la basura, y debía estar ya tan resuelto a ello que los señores recolectores ni me sintieron extraño; me trajeron hasta aquí y supongo que la hediondez del sitio sumada a mi estomago en ayunas dieron conmigo en el estado lamentable del que usted tan gentilmente me recogió.-

Única Oconotrillo lo miraba largamente con un gesto bobalicón, sosteniéndose la mitad de la cara en la palma de la mano y al rato un "¡jadio!" se le salió solo de la boca.

Única comenzó a hablar sola:

-¡Eso es lo que yo siempre he dicho, siempre; vea por ejemplo, este hombre está bueno, ¡ah!, pero no, el desperdicio es tal que se tira a la basura cuando todavía se le puede sacar el jugo un buen rato más!...

Y siguió moliendo palabras entre sus dientes postizos hasta que Momboñombo Moñagallo la interrumpió para preguntarle si tendrá por ahí una taza de café que le pudiera ofrecer.

Única le contestó lo que contestaba siempre:

-Si hay, pero está sin hacer.-

El Bacán había seguido de cerca la recuperación del hombre; realmente se alegró cuando supo su nombre y que hablaba; se alegró sobre todo porque el Oso Carmuco ya venía con los Santos Oleos a la casa de Única.

Momboñombo Moñagallo vio en la entrada del tugurio a un hombre vestido de sotana púrpura, con la Biblia bajo el brazo y unos frasquitos de vidrio en la mano. Única lo tranquilizó; despidió al Oso Carmuco y le explicó a su huésped de quien se trataba. El Oso Carmuco era un buzo más de los de abordo, pero un día se encontró entre los desperdicios una sotana púrpura en más o menos buen estado. Guardó la prenda en su tugurio hasta el día que se encontró a El Bacán leyendo una Biblia que también había ido a parar ahí, y lo interpretó como una señal. Se vistió con la sotana, tomó la Biblia y se ordenó sacerdote.

Ahora Momboñombo era el del gesto bobalicón en su cara. Vio como se alejaba el Oso Carmuco hacia el mar de las gaviotas negras y pensó en la ironía de que hasta Dios botara en aquél sitio lo que ya no le servirá.

-Este es el Bacán, mi chiquito-le dijo Única. Momboñombo miró al joven y le calculó alrededor de veinte años. Era alto, flaco, de tez blanca ennegrecida por el sol y los vapores del basurero, de ojos verde oscuro, barba negra y una mirada a la vez dulce y preocupante en su gesto. El Bacán no era hijo de Única, ella lo había recogido, o más bien, se lo había encontrado ahí en el basurero hacia dieciocho años.

-Yo estaba sentada almorzándome una pizza fresquita que llegó en el camión de las once...

Única guardó la pizza en la bolsa del delantal que era parte de su indumentaria y corrió hacia el niño. Andaba solo y con tal aspecto de tranquilidad que Única no pudo creer que nadie lo estuviera cuidando. Lo tomó en brazos y le preguntó su nombre... el niño no hablaba aun pero le respondió "Bacán, Bacán"; y cuando le preguntó su edad, él le mostró dos dedos de su mano; desde entonces fue el hijo de Única, su único hijo, el niño que nadie supo como llegó al basurero y nadie reclamó nunca.

Momboñombo Moñagallo vio que el niño se había convertido inmediatamente en el sentido de la vida de Única Oconotrillo, aquella mujer que fue maestra agregada, es decir, de las que ejercieron sin título y que después de jubilada, la vida la llevó poco a poco al gran botadero de basura de la ciudad de San José, ubicado al sur en un barrio que como ironía del destino, llevaba por nombre Río Azul.

Si alguna vez hubo un río en ese lugar y si fue azul, de ello solo quedaba el mar muerto de mareas provocadas por los dos tractores que acomodaban de sol a sol las ochocientas toneladas diarias de basura que desecha la ciudad.

Desde lejos, no tan lejos, se veía la colina que contenía en sus entrañas desgarradas a cielo abierto el basurero. Al pie de la colina de tierra arcillosa, el acceso al basurero estaba restringido por una malla metálica que lo separaba de las vecindades rioazuleñas. La escuela del pueblo colindaba también con la malla que no protegía del hedor fétido del botadero, el cual era la atmósfera pegajosa que respiraba el pueblo entero y que respiraría para siempre aun después de clausurado el basurero, porque la sopa de los caldos añejos de toneladas de basura

aplastando a toneladas de basura venía derramándose por el subsuelo desde el día de su inauguración, igual que una marea negra desbordada entre las grietas del cuerpo ulcerado de la tierra.

Hacia la noche, algunos buzos se recogían en el ranchito de Única a comer. Cada uno aportaba algo según su costumbre y Única lo administraba materialmente.

Momboñoombó aun tenía dificultades para comer, pero la convicción de ser ahora uno de ellos lo disciplinó poco a poco a no vomitar después de cada bocado.

Única se lo había presentado a la comunidad de los buzos, en un acto que se había celebrado en medio de una gran indiferencia. Algunos lo saludaban desde entonces sin alzar la mirada, más preocupados por sus raciones que por el recién llegado. Unos buzos preferían comer con la mano, los demás comían con cubiertos que Única les repartía al inicio de la cena y los recogía al final.

-Aquí llega de todo, don Momboñoombó. Yo sola he ido recogiendo las cucharas, los tenedores, los cuchillos, los platos, todo, todo.-

El Bacán interrumpió a Única con una de sus acostumbradísimos discursos:

-La mesa se pone cuando se pone el sol y nosotros ponemos en la mesa lo que la gente dispone de sus casas. ¿Verdad que se dice así, don Momboñoombó? Porque yo he leído que se dice deponer, pero yo creo que está mal, que se debe decir disponer. Uno pone algo, y lo dispone cuando lo quita, entonces lo que traen los camiones aquí al basurero es lo que la gente dispone de sus casas; pero si se dice depone, entonces si se puede decir que nosotros ponemos en la mesa lo que la gente depone en sus casas...-

Momboñoombó Moñagallo escuchaba al niño en silencio, solo asintiendo con un gesto. Eso era lo que hasta entonces le había parecido extraño en él. El Bacán era aninado, uno anaranjado en un pie y otro azul en el otro, los movimientos de sus manos, su mirada tierna... ¡El Bacán era un niño!

Única le había enseñado a leer aprovechando su precocidad; a sus cuatro años ya leía y se le desato una pasión por la lectura que muy pronto se volvió incontrolable. El único problema fue que pronto Única no pudo explicarle el significado de los cientos de palabras que aprendía leyendo todo lo que cayera en sus manos, desde los periódicos que la gente desecha apenas las noticias han alcanzado el nivel de putrefacción de sus editoriales, hasta las revistas porno pasadas de moda, los manuales de los electrodomésticos, los libros viejos, en fin, todo lo legible que cayera al basurero. El léxico de El Bacán estaba lleno de palabras tan incomprensibles para los buzos como para el mismo, aunque el hiciera un manejo tal de ellas que parecía comprenderlas hasta sus profundidades etimológicas; en realidad, no tenía ni la más remota idea de lo que significaba, pero eso no lo sabían los buzos, quienes lo tenían por algo así como un raro iluminado al que escuchaban con toda la poca atención a su haber.

Única había guardado siempre el secreto; ella supo desde el principio que su niño algo tenía que no lo dejaba madurar pero eso, lejos de desvelar, parecía agraderle. Después de todo no era ningún problema para ella tener siempre a su lado a un niño de cinco o seis años, con breves atisbados de adolescente que se manifestaban de vez en cuando.

Después de la comida los buzos se retiraban a sus tugurios. Las noches del basurero, las que no eran abruptamente interrumpidas por la llegada de camiones recolectores en las temporadas altas de la basura, eran noches silenciosas y oscuras. Del límite del basurero hacia atrás quedaba la vegetación sobreviviente de la colina, donde se albergaban todos los insectos del mundo a chillar para darle al sueño de los buzos la tranquilidad de que algo vivo quedaba aun en aquel sitio.

Momboñoombó Moñagallo, después de tres semanas de vivir en el botadero, aun tenía dificultades para dormir. El asma inseparable de los buzos lo había afectado. Los tres dormían en dos camas improvisadas donde Única Oconotrillo a veces parecía reventarse de la tos y El Bacán murmuraba enredos prelinguísticos de bebe. El optó por dormir sentado para poder respirar, porque lo que jamás haría una tregua era aquel olor que despedía la indigestión eterna de la tierra atragantada de basura.

Momboñoombó Moñagallo era nuevo en medio de todo aquello, por eso aun podía sentir el olor, pero sentía también como minuto tras minuto, el aliento caliente olfativas. Cada día era más incapaz de discernir entre los miles de miles de dólares que constituyen el olor de la descomposición.

El estaba dispuesto a superar lo que le quedaba de urbanidad y adaptarse a una vida que, por lo demás, tampoco había elegido. Su idea de botarse a la basura no estaba dirigida a convertir su vida en la de un buzo; solo había sido una manera aparatosa de suicidarse. Sin embargo, la familiaridad en los cuidados de Única y la ternura con que El Bacán lo trataba, lo convencían poco a poco de que, a pesar de todo, aun era posible imprimir un nuevo sentido a su vida. El idencidio había resultado mejor que el suicidio.

Había matado su identidad, se había desecho de su nombre; de la casa donde vivió solo años de años, de su cedula de identidad, de sus recuerdos, de todo; porque el día que se boto a la basura fue el último día que sus prestaciones le permitieron simular una vida de ciudadano.

No cultivo ninguna profesión y no aprendí un oficio.

Siempre fue guardia de construcciones y un tiempo lo que en una finca cerca del mar hasta que, alrededor de sus cuarenta años, consiguió que la Biblioteca General contratara sus servicios de "Guachimán"... El vigilante.

Desde entonces paso sus noches entre los anaqueles del edificio, durmiendo de día y leyendo de noche para mantenerse despierto. Leyó todas las noches durante veintiséis años hasta que denunció una vez la práctica de vender libritos a seis colones por toneladas, que la biblioteca estableció junto con la DesishPaper, una fábrica privada de papel higiénico.

A Momboñoombó le resultó indignamente que amenazó con denunciarlo a los periódicos.

-¡Lo que faltaba, que el papel donde se imprimieron las aspiraciones de la humanidad ahora se convierta en papel para escribir con el culo!-

Entre los volúmenes destinados a tan innoble labor se fueron ediciones antiguas, perdidas irreparables como registros del Cartago de finales de mil setecientos y literatura universal seleccionada para su venta con criterios de cura y de barbero.

El vigilante denunció el hecho y perdió su trabajo. No tenía garantías sociales, por lo tanto no se sintió nunca un costarricense. No lo esperaba una pensión y las prestaciones solo le alcanzaron para un par de meses; después envejeció como para comenzar de nuevo.

Sesenta y seis años no son demasiados para necesidades, comenzó a agotar las arcas, a comer menos. A la manera de una inundación, el hombre vio como una ola se llevaba sus cosas de toda la vida a las compra-ventas, y como aun así resultaba cada vez más difícil conservar el ridículo monto de sus prestaciones. Primero vendió el televisor, después el radio, después las dos o tres pulseras de oro que le dejó su madre. Los muebles no los vendió porque nadie los habría comprado de puro inservibles que estaban. Alturas del mes de octubre se declaró en bancarota; ese mes ya no pudo pagar el alquiler y don Alvaro, el dueño de la pocilga que había habitado el viejo por más de diez años, no se lo perdono.

Antes de botarse a la basura, durante esos meses de angustia, el exguardia de la Biblioteca General cómo a vagar por la ciudad con la lejana esperanza de encontrar algún trabajo. Para ese entonces, ya el había leído tanto que hasta se le ocurrió presentarse al reclutamiento del ejército de maestros del Ministerio de Educación, pero apenas dijo que había sido guardia toda su vida, provocó un ataque de furia entre los empleados, quienes lo tomaron por un analfabeta y lo echaron a la calle.

-Si, yo habré sido guardia de construcciones toda la vida, y guardia de la biblioteca, pero lo que yo he leído, jovencitos, no lo leerían ustedes así los volvieran a partir cinco veces...-

Ese desmerecimiento lo terminé de derrumbar.

Cuando llego a su casa el cerdo de don Alvaro lo estaba esperando en su automóvil verde oliva sin placas.

El dueño comenzó a cobrar su tan merecido dinero, pero Momboñombo, que aun no sabía que llegaría a llamarse así, simplemente ni lo alzo a ver. Venía con el periódico bajo el brazo y en la mano una pequeña bolsa de alpiste para el canario, la última ración.

Octubre de mil novecientos noventa y dos, año del quinto centenario de la invasión de América, marco el cierre de lo que Momboñombo había hecho por su vida. No planifiqué botarse a la basura, eso lo decidió más bien después de agotar todas las posibilidades de supervivencia de este mundo, cuando se dejó convencer de que ya no servía para nada.

En el basurero regía otro tiempo. Los horarios estaban determinados por la afluencia de los camiones recolectores, que igual podían llegar a las seis de la mañana como a media noche o en la madrugada, de acuerdo con la oferta de basurero de las calles de la ciudad. Pero sustraerse del tiempo aun resultaba difícil para Momboñombo que estaba acostumbrado a dormir de día y a vigilar de noche, y tuvo que plantearse seriamente su incorporación a las fuerzas vivas de la comunidad de los buzos, como mecanismo de supervivencia.

Lo primero que hizo fue desenterrar sus intestinos porque no podía comenzar su cuarta semana en el basurero sin haberse desocupado de lo poco que lograba comer. Se sentó a darle a su cuerpo la orden de resignarse a cagar de cuclillas en algún sitio más menos discreto del basurero; cuando sintió los primeros atisbos de lo que sería una cagada de antología, se apresuro a buscar nido: con los pantalones por lo tobillos y recostado a un montículo de basura, Momboñombo Moñagallo sintió un alivio como pocos en su vida, claro, no del todo discreto ni privado, porque por más que busco un lugar distante, tantos buzos pasaban por ahí y lo saludaban con el gesto de aprobación del puño cerrado y el pulgar levantado, que más bien parecía aquello un comité de apoyo.

El viejo optó por tomar la cosa a la ligera y terminó su labor en paz saludando también. Uso un papel higiénico "reciclado". De vuelta en casa se ofreció a salir en busca de agua para preparar el almuerzo, porque, como decía Única, "si había, pero estaba sin hacer". Para ese efecto, los buzos de la comunidad compartían una pichinga con capacidad para varios litros y cada vez que hacía falta, uno de ellos iba en busca de agua, tarea cada día más difícil, por la poca simpatía que gozaban los buzos entre las comunidades vecinas, pero "...A nadie le falta Dios", decía el Oso Carmuco cuanto volvería triunfante con la pichinga llena, y ese fue el consejo que le dio a Momboñombo cuando supo que el iría ese día por el precioso líquido.

Tres semanas de barba, la piel pegajosa y ennegrecida del contacto con la basura, el impenetrable de polvo, una ausencia absoluta de desodorante y colonia y cuanto artificio urbano para la negación del cuerpo humano, fueron suficientes para hacer de la búsqueda de agua un martirio. En los ojos de las personas era fácil adivinar el aspecto que lucía y la repulsión que provocaba, y no habría conseguido agua de no haberla tomado arbitrariamente en una estación de gasolina.

-Única, la gente lo ve a uno con asco...!es horrible!-

-Eso es porque no te has lavado los dientes desde que llegaste...-

-¡Pero es que no me traje el cepillo de dientes!-

-Eso no es excusa, ahí está el cepillo de dientes de las visitas y vos sabes que puedes usarlo...

Ese día, después de almuerzo, Momboñombo Moñagallo se lavó los dientes por primera vez desde su llegada al basurero; aunque fuera solo por la sugestión, se sintió mejor.

Lavarse los dientes fue como un elemento más en su lento ritual de iniciación a la vida de los buzos, no por el hecho en sí de lavárselos, porque la mayoría de los buzos no lo hacía, si no porque con ello daba un importante paso más hacia la superación de ese acabadísimo producto cultural que es el asco: ese concepto tan variable entre los pueblos, eso que se va unificando conforme se uniforman los modelos de urbanidad y que acaba por ser tan exquisito como el más exquisito de los gustos depurados de un catador de vinos. “El asco es un lujo”, pensaba Momboñombo mientras urgaba con su lengua en las concavidades de sus muelas; porque no es cualquiera el que se da el lujo de sentir asco, conforme aprieta el hambre afloja el asco. Así como hay pueblos que saborean algo como un manjar, hay otros que se vomitan por lo mismo, y ahí vamos, de asco en asco, cada uno se retrata en su manera de mostrar la repugnancia. No falta quien se contenga en un gesto elegante con un giro del dorso de la mano sobre la boca y la nariz, así como más bien sobran los que tuercen los hocicos en una mueca grotesca y los que pasan desapercibida la fuente de tan diversas muestras de cultura, y no es gratuito tampoco que lo que apesta en una refrigeradora le abra un buzo el apetito... Por sus ascos los conoceréis, y clasificarlos no sería difícil porque van desde los que regurgitan desde temprano hasta los que le tienen asco al género humano...”

Momboñombo fue abruptamente arrancado de sus meditaciones por un alboroto en medio del basurero.

Jerarquizar es humano... hasta en pleno basurero regia la ley del más fuerte y algunos subgrupos se atribuían el derecho a resolver primero entre la basura recién llegada.

Única paso para adentro a El Bacán y le explico a Momboñombo que se trataba de una riña territorial entre unos buzos poco amistosos.

-Como si en el infierno no fuéramos a caber todos...-apunto Momboñombo.

-El infierno es aquí... y ya ves, no cabemos todos. El infierno es aquí, Momboñombo, y yo de aquí voy derecho para el cielo... pero no vale la pena ponerse a pensar en eso. Más bien, yo le doy gracias a Dios de que todavía tenemos donde vivir y algo para comer, porque hay gente que ni eso. Lo de las peleas por ver quien abre primero una bolsa son chispas del oficio, ya ves, a mí nadie me jode, porque yo trato bien a todo el mundo; yo siempre ando viendo a ver que le gusta a cada uno y si me lo encuentro voy y se lo doy, aunque sea algo valioso y así, poco a poco la gente va entendiendo que no vale la pena vivir agarrados del moño por cualquier cochinita, que es mejor compartir...-

Unica hablaba con una convicción absoluta de todas esas políticas de coexistencia pacífica, pero no ignoraba que su figura maternal le ayudaba no poco a sobrevivir en medio del basurero del afecto, donde cada uno era de por sí, una pieza más sin lugar en el mundo. Momboñombo aun prefería quedarse en casa en labores domésticas antes que ir a bucear; se pasaba las horas tratando de idear un sistema de ventilación del tugurio, de modo que entrara el viento que venía del lado contrario al basurero, haciéndolo pasar por una suerte de embudo de cartones que instaló en el techo en medio de una barrera protectora de cartones también, cuya función consistía en repeler la ventisca caliente que mezclaba el hedor fétido de la basura con el humo del combustible de los tractores que acomodaban los desechos en montículos.

El Bacán se sentaba a verlo trabajar sin comprender muy bien para que demonios el aprendiz de buzo se empeñaba en cambiarle el peinado al tugurio.

En el techo de la casita había una antena de televisor que no cumplía ninguna función, pero que Unica había puesto ahí para darle un toque de distinción. El viejo hizo además de arrancarla pero El Bacán protestó enérgicamente alegando que a Unica no le iba a gustar no ver ahí la antena a la vuelta del trabajo. La antena se quedó en su lugar.

“Aun no logro entender muy bien a esta gente”, pensaba Momboñombo Moñagallo, “entre más marginal es su situación, más se aferran a las costumbres urbanas. Y es que no puede ser de otra manera, porque lo contrario sería renunciar del todo a sentirse parte aunque sea remota de la sociedad. Yo lo intente, esa fue mi primera intención al botarme a la basura, lo que menos me iba a imaginar era que existía este mundo de las profundidades aquí... ¡Ay míseros de nosotros, ay infelices...!, que sería de todos los miserables si renunciaran al deseo de y parecerse a los dueños de un lugar en el mundo. Yo me quería morir, eso era todo, pero marion que es uno, en vez de tirarme a un carro o al tren, y claro, los buzos me encontraron me convirtieron en esta suerte de ser humano reciclado y hasta me están reciclando las ganas de vivir con su cariño. Pero ellos, y por increíble que pueda parecerle a la gente que ni se imagina que esto existe y de pronto se entera, para ellos la vida también puede tener sentido... “hallarle la comba al palo”, como dice Unica. En realidad, lo que pasa es que yo estoy muy tiernito en esto todavía. Tampoco es culpa mía eso de echar de menos las comodidades de una casa donde no huele a mierda extraña todo el tiempo, y a una cama suave aunque de esas que traquean toda la noche, y a agua potable para bañarse todos los días o lavarse las manos. A veces me cuesta reconocerme en el espejito que Unica tiene colgado en la pared; me asomo y me asombro, tengo el pelo amelcochado y la piel costrosa y como me cuesta comer, se me están poniendo amarillentas las partes blancas de los ojos. A veces pienso que qué pasaría si me enfermara y siento miedo, pero cuando siento miedo me doy cuenta de que me estoy curando de la enfermedad de las ganas de morirme que tenía. Aquí uno piensa que falta de todo, pero Unica dice que aquí hay de todo; lo que pasa es que a uno lo acostumbran, lo hacen de cierta manera y después cuesta un mundo deshacerse de las mañas, a uno lo acostumbran a vivir necesitando cosas innecesarias, después se las quitan y uno no halla que hacer.

Cuando yo vivía allá arriba me daba mis lujitos de vez en cuando, me tomaba mis traguitos, me compraba ropa nueva, compraba el periódico todos los días, hasta iba al cine y todo porque ganaba un sueldillo de guarda de la biblioteca. Todo eso es bonito, no puede uno ser tan hipócrita de decir que a uno no le gusta ganarse su plaita. Yo

tenia un canario de esos que no paran de cantar en todo el día y nos queríamos tanto que se dejaba agarrar y se me paraba en el dedo meñique... quien sabe qué se hizo el pobre desde aquel día que le abrí la jaula porque ya no lo podía mantener...”

El viejo tenia la mirada fija en la lejana cúpula de la iglesia de Desamparados, la mano un poco en alto con el dedo meñique erguido, como sosteniendo un canario y silbaba imitando su canto.

-Ya debes tener otro dueño, ¿verdad?, otro que te estará alimentando, ¡ojala!, porque vos no sabias como procurarte el alimento... vos solo eras un canario anaranjado como un sol en pijamas y te ganabas la vida cantando y haciéndome compañía. Pasabas el día entero conmigo hasta que te acostaba a eso de las seis y media o siete de la tarde. Vos te acostabas a dormir y yo salía para la Biblioteca General. Aunque yo dormía mucho de día, vos cantabas y le ponías el fondo musical a mis sueños.

Ahora debes estar en otro patio, si tuviste suerte... pero es que ¿qué iba a hacer con vos? Yo mismo no sabia ya que hacer conmigo, por eso me bote a la basura, pero a vos no, jamás te iba a traer aquí conmigo, tu canción no es de este mundo, aquí solo te marchitarías como todo y no puedo ni pensar que en algún descuido irías a parar a la panza de una rata... prefiero pensar que alguien te asilo en su casa y te disfruta.

Pero no te me vas a ir del todo, porque la memoria de alguna manera también es una jaula, solo que sin barrotes, aunque a veces los recuerdos están más atrapados ahí que si estuvieran en máxima seguridad. Ve, por ejemplo, todavía si cierro los ojos y me concentro, todavía te puedo oír... espero que siempre pueda, aunque sea de lejos, muy delejitos, como las voces que uno sigue escuchando siempre porque son las voces de los que uno quiso, es decir, quiere...-

## II

### A

La cuarta semana de vivir en el botadero de Río Azul, Momboñombo Moñagallo se integro a la s filas de los buzos pero solo en brigadas de buceo de superficie, sin perder de vista la costa porque lo atemorizaba el mito de que el basurero de cuando en cuando, se tragaba a alguien, como se decía de la Llorona, una loca, una pobre mujer que hacia varios años había llegado al botadero con su bebe de meses alzado, y en un intento de buceo de profundidad, directamente bajo los camiones recolectores, no logro hallar a su hijo en el sitio donde lo había dejado. Fue cuestión de segundos nada más lo puso en un claro entre la basura, fue por una bolsa que prometía y al volver ya el niño no estaba. Nunca se supo qué paso. La policía realizo un operativo de búsqueda sin resultado alguno y luego de dos horas, dio por perdido al niño. Estuvieron a punto de acusar a la madre de homicidio culposo, pero no fue necesario, ya ella había asumido sola toda la culpa y su desgarradora locura era algo así como el cuerpo del delito. Desde entonces se quedo a vivir en el precario, la razón perdida, siempre llorando y revolcando entre la basura por si acaso aparecía el niño. A veces buscaba por las noches y su desesperación era peor y su llanto era peor, como para helarle la sangre a los buzos de la vecindad; entonces Unica Oconotrillo era la única que se levantaba e iba por ella, la tranquilizaba y la llevaba de vuelta a su casa en la margen del Río Azul.

La historia afecto mucho al neófito.

-Unica, pero ella ya no llora tan frecuentemente y nunca por la noche...

-Si, desde el día en que yo me encontré ese muñeco grande entre la basura. Ella andaba conmigo y cuando lo vio se me vino encima dando alaridos, por poco se le salían los ojos, me tiro al suelo y se llevo abrazado al muñeco a su casa. Viera lo que costo sacarla de ahí. Solo pudimos sacar tres días después y eso porque estaba tan débil que no se pudo defender; entre don Conce, un buzo que murió, y yo entramos a la casa y la sacamos. Estaba sentada en el suelo cantando una cancioncilla y amamantando al muñeco. Después, cuando se dio cuenta de que nadie se lo iba a quitar, se atrevió a volver a basurero a trabajar, viera lo que costo convencerla. Y desde entonces ahí anda, como una india, con el muñeco amarrado a la espalda, con un...?como es que se llaman...?, un portabebés que encontró El Bacán por esos días.-

Pero Momboñombo Moñagallo se sorprendía de lo bien que la Llorona interactuaba con los demás buzos. Ella trabajaba duro como todos, recolectaba sin problema alguno y discernía perfectamente entre lo aun utilizable y la autentica basura, esa que a pesar de todo tampoco es un desperdicio, porque es lo que alimenta a los zopilotes y a las ratas y a los gatos y a los perros del lugar.

Momboñombo se iba adaptando poco a poco, poco a poco. Lo primero que rescato fue un catre viejo que llevo en basura menos camiones descapotados de los que traen la basura menos cotizada, la de los barrios bajos. Ahí no trepido en peleárselo alegando el derecho entre los buzos de respeto, de que alguien se gana algo si lo ve primero.

Pero ese maldito ruido interrumpido de los tractores y camiones era lo que mas traba le ponía a su inserción en el mundo de los buzos, el ruido era tan molesto como el vaho caliente y pestilente que no cesaba nunca, ambos eran tan concretos como las ganas de cagar, aunque a Unica el ruido no le impidiera tampoco recoger cuanta botellita de perfume encontraba entre la basura. Ella las guardaba aparte y después en casa, al final de jornada, vaciaba los sobros de los perfumes en una sola botella grande también de perfume, e igualmente hallada ahí. A la botella grande iban a dar los restos mortales de cuanto perfume se podía encontrar en las tiendas de San José y el extranjero, una vez que sus dueños los consideran obsoletos. Perfumes caros, perfumes baratos, perfumes carísimos, perfumes

infrabaratos, perfumes de hombre, de mujer de niño y hasta uno de perro, que llegó un día. Ella los revolvía y lograba unas cosechas inmejorables; por la mañana se perfumaba siempre antes de salir a trabajar; los demás buzos de la comunidad ya estaban avisados de entregar inmediatamente cualquier aguaflorida que encontraran.

Momboñombo pensó mucho tiempo que aquel era un mundo de locura, que nada ni nadie podía estar ya más abajo que la gente que estaba a ras de los desechos, pero un día que llegó un borracho a la casa y Unica le dio unas monedas, él comprendió que el alcohólico que amanecía tirado en las aceras de San José, realmente estaba más abajo que los buzos.

-Ellos ni siquiera tienen horario, simplemente amanecen donde cayeron y la gente se aparta solo para no pasarles por encima, y eso por lo desagradable de la sensación de pisarles un brazo o una pierna, por lo semejante que tienen con los miembros de los cadáveres, pero nunca es por el borracho en sí. Lo que es peor, la gente se indigna realmente cada vez que ve un borracho durmiendo en una acera cualquier hora.

Yo antes me quejaba del horario de locura que tenemos aquí, pero no están malo, después de todo es algo que pone orden, y ya ni siquiera me parece de locos eso de que los camiones aparezcan en filas interminables a cada rato, es más, ya ni siquiera la locura me parece locura, aquí donde todo se vuelve al revés, donde la gente come basura y se viste con lo roto. Aquí no es que los locos anden sueltos, sencillamente es que no hay locos ni cuerdos para compararlos, para decir que están locos. La Llorona funciona perfectamente, ella cree que el muñeco es el hijo que perdió y con eso es feliz, el Unica Oconitrillo se pelea lo desodorantes que llegan al botadero y hasta tiene una marca preferida; yo no sé de donde eso de que ese desodorante la protege las veinticuatro horas del día y no mancha su ropa, o que tal crema embellece sus manos. Pero a fin de cuentas, que importa... ojala todo fuera tan simple como arreglarse la vida con un muñeco... El Bacán cree que tiene seis años y yo creo que me llamo Momboñombo Moñagallo.

Sumado ya a las filas de los buzos, el hombre aprendía con rapidez a discernir entre bolsas que valían la pena y las que no; pero como no hay aprendizaje sin dolor, en más de una ocasión, el ilustre Momboñombo Moñagallo salía maldiciendo contra cielo y tierra por haber metido la mano en la panza de una bolsa cuyo único contenido era papel higiénico. Unica le enseñó que eso se solucionaba restregándose las manos con polvo de la tierra medio arcillosa del lugar... la mierda que quedaba entre las uñas, o se salía sola, o había que sacarla con un palito.

El basureo siempre se llenaba desde buen temprano, a veces hasta con más de doscientos buzos a la espera de los camiones que jalen la basura de los barrios caros, porque ahí es donde se bota más indiscriminadamente. Los desperdicios de las grandes fiestas y los días corrientes, que son los menos, a menudo traían sorpresas. De ahí Unica había completado su vajilla y El Bacán su biblioteca, que a esas alturas contaba con cientos de volúmenes inverosímil, desde los Cuentos Petersgurguueses de Gogol, firmado por un fulano que nunca los leyó, hasta libros de quiromancia y las revistas dominicales de los periódicos nacionales; había también un tomo con la segunda parte de El Quijote, que el niño lo tenía haciéndole pareja a un libro gordo de cocina y a un diccionario de términos botánicos del mismo espesor.

Sin embargo, muchos de los buzos eran gente que iba y venía sin decidirse a radicar en el precario, eran gente que buceaba también en las calles de la ciudad, fácil de reconocer por sus atuendos, su caminar quebradizo, su mirada vista cosas aun útiles ahí donde la mayoría de la gente solo puede ver un montón de basura, y con tacto de obstetra, especializado a fuerza de reconocer lo reciclable sin romper las bolsas bastanteándoles cuidadosamente el vientre.

Esa gente estaba familiarizada de algún modo con lo del precario, pero no era parte de la familia. A veces pasaba temporadas por ahí algunos de los tantos amigos del Oso Carmuco; uno de ellos le explicó a Momboñombo que el sobrenombre del Oso venía directamente de nombre, pues se llamaba Carmen y caminaba como un oso. Ellos solían llegar con periódicos para El Bacán y con pastas de dientes para Unica, que se las agradecía y ni ojeaba los periódicos que comenzaron a llegar cargados de noticias inquietantes por esos días.

Momboñombo comentaba con los de abordaje que solo se hablaba del botadero de Río Azul, que los vecinos de ahí y los de San Antonio de Desamparados le estaban alzando el pelo al gobierno porque ya no soportaban más la hediondez y que los terrenos de Río Azul iban a ser anexados a la Zona Protectora del Cero de la Carpintera, como primer paso para el cierre. Ahora estaban hablando de hacer un bosque frondoso donde estaba el basurero, un bosque, nada menos que un bosque, "con tanto árbol que se seguro ni se podría ver"....

-¿Qué es eso de anexado?- pregunto alguien en la concurrencia, y antes de que Momboñombo lo explicara, El Bacán tomó la palabra y explicó que:

-Anexar es lo que Unica me enseñó hace tiempo, eso significa hacer que Guanacaste no sea más de Nicaragua y que sea de Costa Rica y es algo que se hace todos los años en julio, lo que yo no sabía era que Río Azul no era de Costa Rica, pero no importa, porque lo importante es que aquí es donde Costa Ricas viene a botar la basura...-

-La verdad es que yo no sé de que se quejan los vecinos de por aquí-, dijo doña Lidiette López, -la gente clavea mucho por el basurero, pero de aquí sacamos pa'comer y pa'vivir; casi todo lo que tienen mis hijos, Jeffrey y Julita, lo hemos sacado de aquí.-

Pero las noticias de los diarios de noviembre no hablaban únicamente del descontento de los vecinos, sino de los bloques que hacían como protesta por el descuido del gobierno. Uno de los bloques de las vías de acceso al botadero provocó un acumulamiento de basura en las calles de la capital que también fue noticia en los diarios. –Montañas de basura-, decían los titulares, acompañados de fotos a colores de la gente brincándose los montículos de basura, gente tapándose la nariz con la palma de la mano, harta de la tanta inmundicia. Momboñombo le mostró la foto a Unica y a El Bacán; ambos comprendieron por que había bajado la afluencia de camiones.

-¡Menos mal!, yo ya estaba asustada...-, mintió Unica.

-Ahora yo lo veo claramente. Antes no porque antes yo era parte de los que se tapan la nariz, pero ahora que lo veo desde aquí, de doy cuenta de que ya la gente no sabe que hacer con la basura... Unica, esto es un síntoma, no se de que, pero esto es un síntoma. La gente produce basura, produce desperdicios e inmundicias, y hoy por hoy, cuando ya le esta llegando al cuello, no sabe que hacer con ella. Siempre ha habido basura, la basura nace con el hombre...-

Unica lo escucha más por cortesía que porque comprendiera gran cosa las palabras de aquel hombre que ella misma había reciclado.

-Lo que pasa es que ahora a la gente le ha crecido la capacidad de producir desperdicios. Yo me pongo a ver la cantidad de cosas raras que llegan a este basurero, ¡Unica, por Dios! No es posible que se boten las cantidades de basura que bota este país tan pobre... ¡ochocientas toneladas diarias!

Una tonelada... ¿qué diablos es una tonelada? La gente nunca piensa en lo que eso significa, tan lo mismo da decir una tonelada como decir cien millones de pesos, o decir que miles de personas se mueren de hambre en Somalia... eso ya no significa nada para la gente, no forma parte de la vida diaria. Yo mismo nunca pensaba en eso cuando me pasaba las noches en blanco leyendo a Dostoievski, en la Biblioteca General. Si no está viendo la cosa no la entendes, si nos vinieran a tirar aquí a todos los negros que se mueren de hambre en esos pises, si nos lo pusieran en filas las calles, como paso con la basura durante la huelga, entonces dejarían de ser los negros anónimos con las panzas hinchadas, pasarían a ser seres humanos y Somalia pasaría a ser algo así como el botadero de la humanidad, como pasa aquí en Río Azul, donde una tonelada de basura comienza a ser algo muy concreto cuando llega con toda su pestilencia y su cortejo de moscas y zopilotes a caernos encima.

Yo me pongo a ver que es lo que bota la gente. ¡Unica, por Dios!, esas luces que parecen prismas entre la basura, todo eso que brilla como limadura de sol, como si fuera un gran tesoro lo que hay ahí, todo eso es puro aluminio, el de las latas de cerveza, nacionales y extranjeras, los paquetes de sopa, los paquetes de cigarrillos, todo viene en aluminio ahora, y en paquetes en inglés, y todo se bota en bolsas plásticas que no se pueden deshacer, como explica el periódico, porque no son de materiales homogéneos, yo no sé que putas es eso exactamente, lo que veo es que no se pueden deshacer y punto, porque eso significa que ahí se van a quedar per secula seculorum amén.-

Momboñombo había hablado tanto que había atontado a Unica y al El Bacán. Ella dormía desde hacía rato, el niño luchaba por seguir el hilo del monólogo de Moñagallos. De cuando en cuando se quedaba como hipnotizado... repitiendo algunas palabras... "secula seculorum amén... secula seculorum amén...", "prismas, prismas, prismas". Las repetía para memorizarlas, pero no preguntaba su significado.

Al día siguiente, Unica le pidió a Momboñombo que le explicara todo aquello que había dicho anoche 'pero en cristiano, de modo que yo entienda,'

-Nada, Unica, lo que pasa es que ya hay tanta basura en San José, que ya no cabe más aquí y los vecinos de los alrededores ya están podridos de tanta porquería.-

-Bueno, pero entre más basura llegue, mejor para nosotros.-

-De acuerdo, Unica, salvo un pequeño detalle, que ya no la van a botar más aquí... Eso es lo que han estado diciendo los periódicos todo el mes de noviembre. La gente ya esta hasta el cuello de basura; entonces el gobierno decidió cerrar ya el botadero de aquí, de Río Azul...-

-¡Jesús, María y José! Momboñombo, ¿Y adonde lo van a poner?-

-Esa es la cosa, que en ninguna parte cabe, porque, ni tontos que fueran los vecinos, nadie quiere tener un basurero de este tamaño a la vuelta de su casa. Ahora, por ejemplo, dice el periódico que lo iban a poner en La Uruca, ¿y que?, que la gente se paro de pestañas, "que por ahí queda el Hospital Méjico, el Parque Nacional de Diversiones"... todo queda por ahí, entonces el gobierno todavía no sabe donde poner este mierdero de modo que no le estorbe a nadie. Por otro lado, todos los días sale gente hablando en el periódico: un baboso salió diciendo que lo que había que hacer era evacuar la zona y dejar aquí el basurero, otro salió diciéndole egoísta la gente de las comunidades que no quieren que les pongan el basurero encima, pero lo que pasa es que les pongan el basurero encima, pero lo que pasa es que eso lo dice cualquiera siempre y cuando no sea su barrio donde lo vayan a poner. Otros dicen que la basura es un problema de 'externalidades negativas' y una de palabrejas raras, Unica, que lo único que quedaba en claro es que todo esta oscuro.

Unica, la gente tiene razón. Pero bueno, por ahora el basurero se va a quedar aquí un tiempo más...-

-¡Gracias a Dios, Momboñombo!, si no, no sé qué vamos a hacer nosotros.-

-¿Qué vamos a hacer nosotros? ¿Qué vamos a hacer nosotros?...

-La pregunta iba tomando dimensiones cada vez más gigantescas en la cabeza de Momboñombo Moñagallo y lo comentaba con los buzos, sin lograr con ello ni el menor vestigio de preocupación en sus semblantes. El no era un buzo, era un suicida frustrado que estaba aprendiendo a defender la ilusión de que la vida se le puede inventar un nuevo sentido aun cuando lo único que parezca sensato sea morir de un retortijón ¡y ya!

Pero los buzos de oficio, los que ya llevan la basura incorporada, los que llegaron con el alma hueca al basurero desde hacia varios años y a esas alturas la tenía tan atiborrada como el botadero mismo, los auténticos buzos estaban acostumbrados a vivir al día, a resolver lo inmediato. Los verdaderos buzos no eran ni siquiera como Unica, para quien no había sido posible, en tantos años, desterrar los atavismos urbanos y seguía procurando esquemas familiares en la comunidad. A los buzos no les molestaba en absoluto llegar a comer con Unica, ni aporte elementos a la olla común, pero lo hacían mezclando las reminiscencias de algún arcaico orden familiar (que les funcionaba ya como a un perro casero le funciona la maña de rascar el suelo con las patas traseras después de cagar, como si estuviera enterrando la mierda Unica quien se tomara la molestia de recalentar o cocinar el pan nuestro de cada día.

Esos buzos de hueso colorado no lograban comprender los develos de Momboñombo.

-Son habladas de la gente... Esto no lo van a cerrar nunca, abuelo, no ve que si lo cierran no van a tener a donde botar toda esta basura.-

-Bueno, pero... ¿y si lo cierran?-

-Si lo cierran, nada... nos vamos donde lo pongan.-

-Y... ¿si no nos dejan entrar? - -Si nos dejan, si nos dejan... siempre dicen lo mismo, que no nos van a dejar entrar, que yo qué sé, pero al final si nos dejan. Y deje usted de joderse la vida pensando en eso... -

Y así morían todos los intentos de Momboñombo, bien por crear conciencia entre los buzos, bien por exigirles una respuesta a su pregunta desesperada. Todos sus esfuerzos se resumían también en la necesidad apremiante de depositar en sus salvadores la responsabilidad de no estarlo salvando continuamente, porque "sin basurero no habrá más buzos", creía el, "y sin buzos no habrá más Momboñombo."

-No le merman los aguaceros-, decía Unica cuando noviembre no daba tregua.

-Lo malo es que hasta la lluvia llega ya sucia al basurero-, agregaba Momboñombo.

Había comenzado a llover más o menos desde abril, y la lluvia solo empeoraba con ondas tropicales y corrientes frías que minaban la salud de desecho de los de abordó. El Bacán tosía constantemente y moqueaba siempre en verdecándose los bigotes y entiesándose las barbas, porque el agua solo resbalaba sobre el gabán negro aceitoso de los zopilotes y en todas partes se empozaba formando cientos de pequeñas lagunillas, sobre todo ahí donde las bolsas plásticas hacían una concavidad entre la basura. Al darles el mezquino sol de noviembre, las lagunillas, fecundas de larvas de moscas y otros bichos, brillaban primando la luz y hedían más bien como si hubieran asesinado al arco iris y su cadáver se pudiera lentamente entre la basura.

Con la lluvia se empapaban los buzos por mas que se forraran en bolsas plásticas. Con la lluvia solían inundarse los tugurios, por lo que el trabajo de los de abordó debía repartirse entre el buceo y las interminables reparaciones de su ciudad flotante. La adversidad, de ingenio fecundado, había llevado los buzos a confecciona los más curiosos impermeables, sobre todo con las bolsas gigantes para basura de jardín, y vestidos todos de gris sintético, con trajes de una sola pieza, más bien parecían monjes de algún culto al fin del mundo; sus hábitos plásticos sobre sus lomos siempre encorvados completaban una imagen borrosa de romería de penitentes bajo la tutela implacable de los iconos motorizados de los tractores.

-En verano todo va ser más fácil-, se repetía Momboñombo a veces, mientras debía de pie directo de las ubres de las nubes, desconociendo minuciosamente los efectos del sol de febrero y marzo sobre la pudredumbre y la tierra medio arcillosa del botadero, que era entonces un torrente de barro que desangraba minuto a minuto las partes aun vivas de la colina; lo verde se alejaba cada día, como el bosque que camina, como si hasta los árboles se estuvieran yendo por sus propios pies de aquel osario de los derechos humanos.

El Bacán se entretenía haciendo barquitos de papel que ponía flotar sobre la lagunilla más cercana al tugurio. Los otros niños de los buzos buceaban al lado de sus padres, o ambos, en los casos más extraños, y urgaban entre la basura con tanta fiere3za como los adultos, pero con una expresión distinta, con un asombro en sus ojos como si en ultima instancia, lo que estuvieran buscando entre los desechos fuera ni más ni menos que su propia infancia encarroñado bajo las poderosas orugas de los tractores. Con la lluvia persistente, los rellenos del gran relleno se aflojan; después de un rato de estar de pie un mismo sitio, los buzos tenían que tirar con fuerza hacia otro lado porque ya tenían los pies hasta los tobillos entre las arenas movedizas. Más o menos veinte años de estar enterrando basura habían hecho de la geografía de la colina un esperpento cuya representación cartográfica resultaría algo así como el contorno del lomo de un monstruo de pesadilla, montículos y montículos por todos lados y tierra removida de aquí para allá, y los ríos Damas y Tiribi condenados a beberse los caldos que se filtraban constantemente; pero solo una parte de ellos, porque el resto iba a dar a los mantos acuíferos profundos, inyectándose de manera intravenosa en el cuerpo de la tierra.

Los vecinos de Río Azul y San Antonio de Desamparados efectivamente habían amenazado al gobierno con cerrar el paso al vertedero a eso del treinta y uno de diciembre, luego de varios intentos por impedir el acceso de los

camiones, frustrados más de una vez por las brigadas de choque de la policía, que nunca escatimo esfuerzos en eso de abrir barricadas o espantar a los niños del barrio y vecinos en general de las fauces del basurero, con sus elocuentes bombas lacrimógenas y argumentos análogos; sin embargo, la organización de la comunidad consiguió por fin dialogar con el gobierno. El señor Presidente de la Republica los visito y se reunió con los dirigentes quienes, después del café con promesas, se siguieron entendiendo con el Ministro de la Presidencia.

Por un lado estaba el ultimátum del treinta y uno de diciembre; por otro, la petición del Ministro, que consistía en una prorroga de varios meses para resolver lo de la búsqueda de un nuevo sitio para tan nobles propósitos y la promesa de que para el veinte de enero del noventa y tres, a más tardar, el nuevo destino de los desechos del Valle Central estaría elegido. Para ese entonces, la comunidad de Atenas estaba en alerta permanente por su rechazo categórico de la posibilidad de instalar en sus entrañas el nuevo basurero, por más que el gobierno prometía en su lugar un relleno sanitario a la altura de los rellenos modelo de Estrados Unidos, esos donde hasta las ratas comen con tenedor y cuchillo.

-Que lo cierran lo cierran...-, se pasada repitiendo Momboñombo Moñagallo a cuantas buzos le prestaba un minuto de atención, pero no más de un minuto que era el tiempo que a lo sumo, lograban fijar la atención en algo que no fuera de interés inmediato

Mientras añejaba en su pecho el fantasma del cierre del botadero, el buceaba hombro a hombro con Unica y muy ocasionalmente, con El Bacán.

Unica "lucia como desmejorada", pensaba el, cuando se distraía mirándola largamente... El agua de la lluvia le bajaba en goterones por las hilachas de su cabello entrecano, y resbalaba por la piel de sus brazos hasta los guantes sin dedos que alguna vez hallo idóneos para sumarlos a su equipo de buceo. Ella lo sorprendía mirándola y siempre le recomendaba lo mismo:

-Ay, Momboñombo, deja de espiarme, que en mi cara no vas a encontrar nada de valor.-

Lo decía un poco sonrojada, con una sonrisilla dulzona que al rato se asemejaba un poco a la pauta que Momboñombo añoraba a gritos. Era como si en un segundo los tractores se detuvieran, los humores fétidos se disiparan, como si escampara... era como una sonrisa cómplice que en un segundo inyectaba una sobredosis de buen animo. Los viejos seguían después en su trabajo, uno al lado del otro "jalando y jalando pa'l mismo lado, como dos bueycitos", como le recomendaba Unica que debía hacerse aquel trabajo de estar vivos. Pero después del segundo, otro camión recolector atravesaba el espejo y los buzos se amuchaban a su alrededor como gaviotas al lado de un pesquero. Las redes llegaban grávidas, y los forzudos marineros de los mares asfaltados de la ciudad las vaciaban en medio de los chillidos y el batir de alas de las gaviotas venidas a menos. Una gaviota tomo una presa en su pico y se alejo a toda velocidad, pero fue rápidamente alcanzada por otra más grande; se disputaron el pececillo, ambas cayeron al mar, se revolcaron y la triunfadora finalmente alzo el vuelo con el capitán daba la orden de levar anclas, echaba marcha atrás y se alejaba hacia nuevos puertos de embarque.

El Bacán estaba sentado entre la basura gritando a voz en cuello cuando llegaron Unica y Momboñombo; un buzo poco amistoso le había arrebatado algo que el no sabia explicar que era ni para que lo quería; Unica se armo de un palo de escoba y fue directo al buzo agresor. Su edad y el respeto que extrañamente gozaba entre los buzos le permitió aleccionar palos a la gaviota grande y volver ilesa a casa con el teléfono malherido que El Bacán había hallado entre la basura; El Bacán dejo de llorar.

-La próxima vez me lo dejás a mí.-, le dijo Momboñombo a Unica en la noche, cuando ya había pasado el episodio del teléfono. Se lo dijo con una autentica convicción de macho, que no por muy autentica resultaba verosímil y menos aun necesaria para una mujer que llevaba veinte años aleccionando a palos al destino que hacia tiempo se había ensañado con ella. Pero ambos fingieron y ella le prometió dejarlo actuar si se daba otra situación de esas, porque el huésped ya estaba ya estaba dando señas de que había llegado para quedarse y un dejo de hombre de la casa se le empezaba a notar en el semblante.

-¿Y si habláramos con los vecinos, Unica?-

-¿Hablar de que?-

-¡Como que de que!, pues de que va ser, muchacha, de lo del cierre del basurero... Si nos aliáramos con los vecinos de Río Azul...-

-¿Si nos que?-

-Si nos aliáramos, si hiciéramos una alianza, es decir, si les ofreciéramos apoyo en la lucha por cerrar el basurero...-

-¡Te volviste loco, Momboñombo!, si cierran el basurero ¿qué diablos vamos a hacer?-

-Pues de eso se trata, mujer, no de quedarnos sin nada que hacer, sino de pedirle ayuda al gobierno nosotros también. Mira, nosotros vamos a la próxima reunión que ellos tengan con el Ministro y decimos que estamos de acuerdo con que cierren el basurero, pero que no nos podemos quedar sin oficio ni beneficio tampoco, que nosotros necesitamos ayuda para encontrar otra cosa que hacer, que tenemos derechos como todo el mundo, que no es que estemos aquí porque nos guste el mal olor o porque no podamos hacer otra cosa que estar revolcando basura. Yo les puedo ofrecer mis servicios como guarda de algún lado, vos como maestra, y los que no saben hacer nada, ahí algo se les puede enseñar y...-

Aunque Unica ya se había dormido, como de costumbre, el viejo siguió elucubrando fantasías de progreso sin percatarse en absoluto de que se trataba de dos problemas diferentes y que unirlos solo complicaría la situación de los vecinos de Río Azul y por ahí.

El Bacán dormía desde hacia rato, con el teléfono abrazados a modo de osito de peluche.

Los vecinos de Río Azul estaban también hartos de los buzos; incluso, una de las cláusulas del acuerdo con el gobierno era que, cerrado el basurero no se permitiría el precarismo, para poder declarar el área 'Reserva forestal' y recuperar los terrenos.

Aunque por decreto bíblico, "a los pobres siempre los tendréis a tu lado", ya nadie por ahí estaba en condiciones de tolerar más buzos rondando sus casa, y la alianza que se le había ocurrido a Momboñombo Moñagallo era definitivamente impensable; la alianza resultaría contraproducente para la comunidad, que luchaba desesperadamente por quitarse de encima aquella vorágine de desechos que la gente iba dejando como precioso legado a las moscas.

Una vez más Momboñombo Moñagallo se lavo bien los dientes y bajo la colina en busca de los dirigentes de la comunidad. Y tal y como se lo había anticipado Unica, ni siquiera se molestaron en prestarle atención. El, que no era un buzo de profesión, tenía del averno de las cosas.

-Ni me alzaron a ver... ¿Culpa de quien?, pues culpa mía, porque me lo advirtieron. Sin embargo, y pese a lo feo que es que lo rechacen a uno así, no les guardo rencor; ellos tienen razón, y yo seguro habría pensado igual si hubiera sido otra mi suerte. Yo mismo me he dado cuenta de que no todos los buzos son personas decentes, hay algunos que son una plaga, que tienen costumbres feas, que roban y les dicen cochinas a las muchachas de la vecindad y claro, después ellos piensan que todos somos iguales y ahora no nos van a ayudar.- Era domingo pero el viejo no se percató hasta cuando iba derrotado de regreso. Toda la gente estaba en sus casas y en la mayoría sonaba alguna radiograbadora con la transmisión del imperdonables partido de fútbol que vino a atinar un gol en los cinco sentidos del viejo. Se detuvo; por un instante se dibujo en su gesto la mirada cómplice con que instintivamente se identifican entre si los fanáticos, aunque nunca antes se hayan visto... sonrió... era otro... estaba transfigurado y un instante antes de dirigirse al hombre que escuchaba para preguntarle por los contrincantes, la puerta le fue cerrada de mala gana... de nuevo había olvidado su condición de desahuciado.

El desmerecimiento le dolió más que la frustrada intentona de alianza, porque un NO más era un eslabón imperceptible en la cadena de negaciones de su vida; pero el no ser digno ni siquiera de que le dijeran quienes se disputaban un balón en el ámbito de una cancha enzacatada, al margen de la realidad, para producir una manifestación más de realidad, eso si era el colmo. Hasta el fútbol, ese deporte que habían convertido en el amansalocos de los tiempos modernos, le estaban negado; ese deporte dominical capaz de hacer olvidar a un pueblo hasta el costo de la vida, le estaban negado. Pero el no lo vio así, no podía verlo así; el solo se quedó petrificado un momento frente a un de las casas donde un radio se desgallaba en un goooooool sempiterno, y como idénticos a si mismos, todos los partidos de fútbol a los que había asistido religiosamente desde niño, le pasaron en tropel por la memoria... miles de hombres pateando miles de pelotas, miles de personas rugiendo en montañas de galerías, toneladas de papas fritas crujiendo entre fajos kilométricos de molares, aguaceros de bolsas de orines derramándose sobre las cabezas de los dueños de los asientos baratos, locutores psicotizados narrando frenéticamente lo mismo que todos estaban presenciando, tropas de árbitros malignos entonando una marcha infernal con sus pitos, desfiles de gentes eufóricas por las calles celebrando un gol acertando en el extranjero y el Presidente de la Republica bailoteando por las calles en un día hábil declarado asueto a raíz de una patada, y bosques enteros reducidos a papel periódico con la vieja historia de David y Goliat, pero con la variante de que Goliat no perdía nada después del partido, mientras que a David se la metían sin vaselina con un paquete de impuestos que no lograría evadir ni con la honda ni con la piedra. Y Momboñombo en medio, en el Parque Central llorando de alegría y de hermandad; todos hablábamos en plural, éramos uno solo en el ojo del mundo, ya casi ni se nos notaba lo tercermundistas, los escoceses se querían bajar del mundo porque los habíamos hecho morder el polvo. '¡Putá Carajo, y de taquito pa' que más les duela!' Y Momboñombo en el meollo de los hechos, en el día histórico de la apoteosis del conejo, y... ¡y le cerraron la puerta cuando iba a superar la separatividad social preguntando ¿cómo van, jefe?, ¿quiénes juegan?!

Fue demasiado, se desplomo cuan largo era en medio de la calle y fue llevado en hombros hasta su hogar por un par de buzos que lo hallaron ahí tirado, casi casi como era su costumbre.

A Unica casi le dan un patatús cuando lo vio venir, pálido como el resucitado, en brazos de dos de los de abordó. Hubo que friccionarle la nuca con alcohol del de la botella grande de Unica, de ese que los borrachos llamaban 'guaro de fresa' porque lo hacen rozado para prevenir su ingestión. Le aflojaron el pantalón y los botones de la camisa para que respirara mejor, le dieron agua de sal a El Bacán para que le pasara el susto y entre todos volvieron en si al viejo a gritos y bofetadas que lo dejaron como embozado. ¡Buen rato le costo ponerlo todo en orden otra vez en el basurerito de oficina de su cabeza! Una vez recordando el suceso de la negativa por parte de la comunidad, tuvo una laguna con lo de la puerta en su nariz y olvido para siempre que alguna vez le gusto el fútbol.

Para el almuerzo hubo olla de carne con verduras que Unica y El Bacán habían traído de la feria del Agricultor de Desamparados. Domingo a domingo iban a juntar de la calle las verduras que los mismos vendedores botaban por demasiado maduras, o por demasiado verdes, o por mayugadas que llegaban de los sembradíos. La carne era una que Unica conseguía en una carnicería que atendía un viejo que se había negado al progreso de las sierras eléctricas y

aun partía los huesos con un hacha sobre un tronco de madera. El hombre ni siquiera se planteo nunca lo de la carne barata de Unica una vez por semana, por lo que hizo de ella uno de sus 'clientes' más fieles de los domingos. El resto del día transcurrió sin novedad en medio del extraño silencio en que algún feriado dejaba al basurero. Los tractores reposaban exánimes al pie de la cuesta y los recolectores en sus respectivas comunidades. Solo el aletear incansable de las moscas y los zopilotes sostenía la rutina, dado que los buzos que no vivían en el precario, esos días desaparecían del lugar, quien sabe adonde, a sus casas tal vez, o a bucear por las calles de la ciudad, o detenidos en animación suspendida como larvas descomunales en espera del lunes de madrugada.

Momboñombo hasta ese domingo no había caído en la cuenta aun de que a veces descansaban tanto los recolectores como los tractores. Muchas ocasiones le llevo hacer la observación, porque ya el ruido estaba incorporado y de no haber sido por el desmayo jamás habría descubierto que para su desgracia, cada tanto, el basurero guardaba silencio; para su desgracia porque entre los intervalos de silencio seguiría percatándose de que a alturas del día anterior, del que tampoco era consciente, ya había olvidado el compás de quietud semanal y entonces cada nuevo día de silencio funcionaba como el primero del calendario de su nueva vida de ser humano desechable.

Lo comento con Unica, pero en ella el tiempo marchaba de una manera diferente. Tampoco estaba nunca al tanto de la fecha, sin embargo, una suerte de reloj biológico la llevaba los domingos a bucear a la Feria del Agricultor, de donde, invariablemente siempre regresaba con un canasto lleno de verduras para la sopa. Los meses del año le eran igualmente ajenos, pero por esa época los pasos de animal grande de diciembre le desasosegaban el alma.

-Ya casi es diciembre, Momboñombo....-

-¿Y vos como sabes...?

-¡Ay, no se!, es que siento como hormigas en el culo.-, dijo en medio de un suspiro.

Al principio, al puro puro principio, yo tenía un jardín aquí. Lo había ido haciendo, poco a poco, con siembras que me regalaba la gente de la vecindad cuando todavía no le tenían tierra a los buzos, cuando todavía ni siquiera nos decían buzos. A mí me decían 'la señora que vive en un ranchito allá en el basurero'. Yo tenía sembradas las pudreorejas en la parte de atrás del ranchito que también había ido haciendo poco a poco con latas de cinc y pedazos de madera y cartón que me encontraba por ahí, o que la gente me regalaba también. Vos sabes, Momboñombo, un jardincito aquí...

Pero después la tierra como que se fue secando, muriendo, muriendo. Cuando yo hice el ranchito aquí, el basurero todavía quedaba lejos, pero fue creciendo, los tractores iban enterrando la basura y haciendo huecos cada vez más grandes hasta que esto llegó a ser como vos lo puedes ver ahora, pero yo y los otros vecinos que nos vinimos a vivir aquí, don Conce, un buzo que ya murió, Doña Hipólita y la familia de los cara de león, y un montón de gente, teníamos como más espacio y más aire puro. En las mañanas se podía levantar uno y respirar hasta reventarse porque como esto es una colina, entonces el viento pega más fuerte. Y yo tenía un jardín con pudreorejas clavel de poeta y unas begonias y unas gloxinias; rosas no porque aquí no hay manera de que peguen, pero tenía culantrito de coyote que es tan bueno pa' la sangre. Y ahí donde se ve todo pelado eso, ahí zacate de limón y yo tenía unas violetas lindísimas sembradas en unos tarros de leche en polvo, y hasta unas guarías moradas porque en mi casa siempre se acostumbro tener guarías en un palo de guitite. Pero como te digo, la tierra se fue poniendo como arcillosa; esta tierra no era así, fue que se fue lavando, el polvo comenzó a ponerlo todo de este color como amarillento y las rosas no pegaron nunca. Hasta se me murió una tortuguita que yo tenía en el jardín, a la pobre la encontré tiesa un día y toda llena de polvo. Yo creo que se ahogó la pobre. Y empezaron a llegar las cucarachas; yo al principio las mataba a escobazos, pero con el tiempo me fui acostumbrando a verlas. Y las moscas que me dice, al principio andaban nada más entre la basura y aquí venías unas cuantas, como doscientas nada más, uno las podía espantar, pero después empezó a ser como ahora que son miles y miles y no puedes hacer nada más que acostumbrarse, porque o te acostumbras o te jodes.

Por aquellos años fue que llegó El Bacancito...

¡Ay, vieras vos que felicidad!, yo que siempre había querido un hijo, Dios me lo mandó porque El sabía lo que yo quería un hijo y ahí llegó solito... vos sabes que yo siempre he pensado que fue un milagro eso, que al mejor El Bacán ni siquiera es que fue abandonado aquí, sino que Tatita Dios me lo hizo especialmente a mí, para que ya no estuviera tan sola.

Yo, como fui maestra, rapidito le fui enseñando a hablar bien, a contar con los deditos, a rezar, a recitar una recitación muy muy linda que dice así: 'Cultivo una rosa blanca, en junio como en enero, para el amigo sincero que me da su mano franca, y para el cruel que me arranca el corazón con que vivo, cardos ni orugas cultivo, cultivo una rosa blanca...', linda, ¿verdad?, yo no sé quien la escribió pero debió ser alguien al que le gustaba mucho hacer jardines; yo se la enseñé a El Bacán porque aquí yo tenía unas chinas blancas, porque las chinas, como son tan agradecidas, esas pegan en todo lado y porque nunca he perdido la fe de hacer otro jardín, por eso es que siempre la recito esa recitación, y seguro vos has oído a El Bacán recitándola también, porque a veces vos la oís y es como si todavía tuviéramos el jardín aquí. Yo la vivo recitando porque yo sé que al mejor el señor que la escribió también quería hacer un jardín donde solo hay basura, porque yo le digo una cosa, si señor, así como me oye, Momboñombo Moñagallo, para escribir una recitación así de linda tiene uno que querer mucho a las rosas y a los amigos.

Las chinas se marchitaron, se fueron llenando de un color como ladrillo y después no quedo ni una, porque ni las chinas soportan el maltrato. Después la vida fue pasando y pasando y se va uno haciendo viejo. El Bacán cada día más grande, verda, yo le digo que se corte los bigotes porque parece un viejo y él se los corta a veces, pero en seguida no más ya los tiene otra vez largos, y no es por falta de navajillas porque aquí sí que no se puede uno quejar de eso, más desde que las hacen plásticas, vieras, Momboñombo, la cantidad de navajillas que llegan aquí semana tras semana, de esas que ya vienen pegadas a maquinilla de hacerse la barba; pero a él le da pereza hacerse la barba y no es solo pereza, es que se corta y después le quedan cicatrices, pero El Bacán está hecho todo un viejo... ¡mi chiquito!

Al principio yo no lo dejaba bucear, más después de lo que paso a la Llorona, ¡pobrecita!, verda, y era tan bonita la Llorona, vieras, era una muchachita así menudita, que no hablaba por no ofender y el chiquito lo más lindo, vieras, parecía un muñequito; pero como no hay pa'la desgracia, perderséle y volverse loca fue una sola, y con razón, porque como a mí se me pierda El Bacán, machala, machala, y yo me vuelvo loca también. Pero por dicha él es muy casero, nunca se me va solo. Ahí una o dos veces por semana, vos has visto, hacemos un saco de chunches y los vamos a vender a San José, pero él siempre viene con migo. Él me acompaña vender las latas de aluminio, las botellas, los periódicos que ya se ha leído, porque eso sí, Dios guarde le bote usted un periódico que no haiga leído porque se resiente.

¡Ay, Momboñombo!, vos te me quedas viendo y me pones tanta atención que le dan ganas a uno de seguir hablando y hablando como una chachalaca y es que hacía tanto tiempo que no hablaba yo así con alguien, sobre todo en las noches después de que todo el mundo se va a dormir...- Momboñombo Moñagallo guardaba largos silencios escuchando a Unica que parecía como transmutada con la vista fija en una pared o en alguna rendija de la tabla donde se sentaban a hacer sobremesa.

La época de Navidad era prospera a su manera con el basurero. La gente la aprovecha para descuidarse más que de costumbre con lo que tira a la basura, por lo que es frecuente hallar envueltos en las hojas de los tamales todo tipo de cubiertos, caros y baratos. Luego vienen los papeles y las cajas de regalos, que no siempre llegan vacíos al basurero; no falta quien ni se percate de que se le fue un regalo sin abrir a la basura y una vez ahí, la cosa se pierde para siempre, hasta que resucita toda llena de vida en manso de un buzo que la rescata del basurero de la historia y la recicla en una compra-venta o donde le den algo por ella.

La gente se siente rara en diciembre, toda la gente, hasta la 'desgente', la que vive de los desechos, los desperdicios, los despojos, los despilfarros, los descuidos, los destrozos, los desaciertos... esos desafortunados a los que Momboñombo Moñagallo había unido sus esfuerzos por aparentar que la vida, después de todo, vale la pena aun cuando se viva en medio de las desigualdades.

Momboñombo no recordaba cuanto tiempo hacia de su incorporación a las filas de los biorrecicladores, en parte porque el tiempo era algo que cada vez le importaba menos, hasta le había regalado su reloj de pulsera a El Bacán, quien no se molestó en lo más mínimo por aprender a leerlo pero se fascinaba viendo las agujas girar y girar sin propósito alguno. La Navidad comenzó a llegar temprano ese año. Durante los primeros días de diciembre Río Azul fue declarado Zona Protectora y las sesenta y cuatro hectáreas de los terrenos del basurero fueron anexadas a la zona del Cerro de la Carpintera, con lo que quedaron declaradas bajo el Régimen Forestal.

El ultimátum de los vecinos de Río Azul y San Antonio de Desamparados estaba surtiendo efecto, sobre todo en la bolsa de San Nicolás que esta vez se hinchaba nada menos que con la ubicación de un nuevo relleno en alguna parte del país. El gobierno mantenía silencio. Aun no se descartaba oficialmente a La Uruca como la feliz ganadora de la caja de Pandora, pero si se declaró a la Gran Área Metropolitana, la 'GAM', inadecuada para situar el relleno. Se comenzó a elaborar un 'Plan Nacional de Manejo de Desechos', dirigido por El Organismo de Ayuda Germano, y en la Asamblea Legislativa, aun pese a la trillada y hartó bien sabida sentencia de que "un camello es un caballo hecho por una comisión", un fulano propuso integrar una que examinara el problema y un mengano se opuso.

El gobierno se devanaba el seso negociando con las comunidades, ofreciéndoles el 'mar y las conchas', obras de infraestructura, beneficios de todo tipo, 'El milagro de La Uruca', 'El milagro de Atenas', con tal que aceptaran el basurero dentro de sus lindas, sin conseguir entusiasmar a nadie con ello. Hasta el momento, lo único que se tenía en claro era que la GAM, por ser una zona de gran expansión urbana con importantes mantos acuíferos no era apta para la instalación del relleno.

Se hablaba de sectores neutros donde se podría eventualmente ubicar el relleno, previo estudio de suelos, intensidad sísmica, e impacto ambiental, así como la impermeabilización del fondo con plástico y arcilla y canales para los líquidos de la basura y ductos para la evacuación del gas metano.

Se publicó un mapa con las zonas elegibles y el país entero quedó en vilo porque el fantasma del relleno atemorizaba con asentar su residencia prácticamente en cualquier parte fuera de la GAM.

Ese año, el cumpleaños de El Bacán se celebró en los primeros días de diciembre. Unica lo celebraba cada año en un mes diferente para que coincidiera con la verdadera fecha algún día.

Los preparativos comenzaban días antes y Unica sacaba tiempo para elaborar sombreritos picudos de papel periódico para la fiesta. Para ese día tenía que haber reservas de comida y guaro para los adultos y ella contaba sus ahorros para comprar confites para los pequeños.

El cumpleaños de El Bacán era siempre una sorpresa extraña para todos los niños del precario, pero Unica solo pero Unica solo lo anunciaba el propio día minutos antes de comenzar la celebración. La sorpresa lograba siempre euforia en el Bacán pero nunca le despertaba la curiosidad por saber cuantos años cumplía; eso no era importante y quizás solo las entrañas profundas del basurero lo sabrían.

Par el mes de diciembre llegaba al basurero mas basura, y juguetes cada vez mas extraños; llegaban armas de juguetes de plásticos de colores de formas inusuales que los niños botaban luego de un año de estrenarse con ellas, llegaban autitos "transformes" que tirando de sus piezas se convertían en robots cuyos brazos terminaban en terribles armas que hacían la delicia de los niños del precario. Momboñombo se preguntaban como podían aquellos niños comprender el manejo de esos aparatos tan alejados de la realidad del vertedero y solo se lo lograba explicar confiándose al instinto infantil de la seriedad ante la diversión.

Los niños veían esos juguetes en los escaparates de las grandes jugueterías josefinas, esas que de paso venden libros, se maravillaban con ellos y deducían su funcionamiento de los ejemplares que se exhibían a medio armar.

Momboñoumbo había sido avisado del cumpleaños con varios días de anticipación, y entre el y Unica tenían ya regalos suficientes El Bacán y para los niños que ese día hiciera una pausa para regresar a su infancia un par de oras durante el cumpleaños itinerante, que exigía que ese día los bigotes y las barbas de El Bacán fueran rasurados, que su cabello recortado y su piel desperdada con un paste mojado que Unica preparaba para esos efectos.

Ese día, temprano por la mañana, Unica se levanta a calentar agua, mientras tanto, afilaba sus tijeras en un molejón que ni ella sabía de donde había sacado. Cuando El Bacán despertaba y veía los preparativos, estallaba de alegría porque celebraría inesperadamente su cumpleaños. El pañuelo que se ataba a la cabeza era desanudado y los mechones de cabello caían a la frente, luego le quitaba el chaleco y la camisa y comenzaba la primera parte del baño. En un recipiente aparte, Unica disolvía los residuos de todas las de jabón que hallaba; acto seguido, mojaba el paste y comenzaba pacienzudamente a restregar la cabeza entera, a mojar bien el pelo y las barbas, a cortar a ojo de buen cubero hasta descubrirle las orejas. Una vez recortadas las barbas, procedía a rasurar con varias maquinillas que volvía a guardar conforme se iban quedando definitivamente sin filo. El Bacán lloraba cuando sentía al ardor del jabón en polvo en sus ojos, entonces comenzaba el eterno pleito:

-Deja de llorar, carajo, mira que te esta viendo Momboñoumbo.-

Y Momboñoumbo se percató en ese momento de que efectivamente estaba presenciando el ritual de acicalamiento de El Bacán; se avergonzó y se disponía a marcharse, pero Unica le rogó que se quedara para que el niño se portaba bien.

El agua jabonosa corría por el pecho velludo del niño mientras la cara le iba quedando despeja. El Bacán jugaba de hundir el teléfono en el cubo de agua y Unica batallaba por desennegrecer los brazos, el cuello, detrás de las orejas, las nalgas, las piernas y cada milímetro del por donde ni la luz podía.

-“...porque la limpieza, dice mi mama, es una belleza y salud nos da...”, cantaba Unica a coro con su hijo cuando llegaban al final de la jornada de la jornada y El Bacán quedaba como un recién nacido, rozado por los raspones del paste. Un par de horas mas tarde su piel volvería al color natural de los habitantes del basurero y dos semanas mas tardarían sus barbas en sobrepoblar de nuevos sus mejillas.

-“Cuu cumpleaños feliz, te deseamos a ti, cumpleaños Bacaaan, cumpleaños feliz...”- -Gracias a todos y a mamá Unica por dejarme cumplir años, porque cuando uno cumpleaños se hace más grande y más fuerte. Una vez a mí se me olvido cumplir años y entonces tuvimos que hacer dos cumpleaños de un solo tiro, si no, no me iba a hacer grande...-

Más de uno de los de abordo no se había planteado nunca que pasaría si de pronto dejara de cumplir años, pero llegaron rápidamente a la conclusión de que hasta los muertos cumplen años, como don Conce, que ya tenia varios años de muerto y Unica siempre decía, ‘hoy cumple don Conce’, y le pagaba al Oso Carmuco para que dijera una misma hacia la tarde casi noche. Después, alguno propuso que dejaran ya de hablar mierda y se echaran un trago y la moción fue ampliamente respaldada. Por ahí, otro le dio a Unica por donde más le dolía, “Unica, se te esta haciendo grande El Bacán, ahorita vas a tener que regalarle una novia para el cumpleaños...”, y ella se enfurecía y alegaba que el chuiquito no sabia nada de eso y que como oyera ella a alguien hablándole de eso lo molía a palos... Y el cumpleaños transcurría como siempre, sin contratiempos porque por un trago o un confite, estaba más que justificada la pausa en la labor de escudriñar entre lo que ya nadie había soportado más en sus casas o en sus conciencias.

En el basurero los amaneceres eran tardíos pero la puertas de sol puntuales. Diciembre se adentraba en las postrimerías del año y las señoras buzo empezaban a recopilar materiales para la elaboración del portal del precario. El Oso Carmuco les ayudaba porque creía de su competencia cualquier labor relacionada con la fe y las costumbres. Desde hacia al menos trece años habían llegado al basurero dos maniqués tamaño natural: un hombre y una mujer, y desde entonces eran usados para la representación, pero el resto del año el Oso Carmuco los guardaba en su casa. El hombre era altísimo y negro silueta, la mujer rubia, alta también y con todos los atributos femeninos que no gozan las imágenes de las iglesias, pero le faltaba un ojo. A las señoras buzo no les hacia ninguna gracia que el Oso Carmuco guardara a los ‘santos’ en su casa, porque siempre llegaban desnudos a fin de año y había que volver a conseguirles, las túnicas y los demás atuendos medievales para que parecían santos de verdad, -...y es que una sabe como son los hombres, por más curas que sean, hombres son hombres, y a una le da miedo que la virgencita pase todo el año en la casa de el, porque nunca se sabe y eso es pecado...-, pero el Oso Carmuco era el cura y la autoridad de su trapo púrpura era más o menos incuestionable.

Los maniqués eran colocados en un ranchito improvisado. Una cuna vacía se colocaba en medio; a un lado de la cuna iba el buey, pero como no tenían buey, entonces colocaban un tigre de plástico que era el emblema de una antigua gasolinera; mula tampoco había, pero se las ingeniaban improvisarla con unos sacos de gangoche y una cabeza de caballito de palo de El Bacán.

A Niño lo colocaban después del Veinticuatro; ese si era un autentico niñodios que por ahí había aparecido alguna vez; era de yeso y ya venia ataviado con túnica blanca del mismo material y rubor en las mejillas.

Unos buzos llegaron ese año con un ciprés bastante grande y apropiado para el árbol de navidad que diva ir plantado a la derecha del portal, según el criterio del Oso Carmuco, y que el Bacán se encargaría de ornamentar. El niño se aboco al atarea inmediatamente; comenzó a recolectar cuanto adorno podía llevar el árbol, latas de coctail de frutas que alegraban las ramas secas del ciprés con sus etiquetas de colores, serpentinas de papel higiénico y tiras de tela, nieve de esterofon del que viene en las cajas de los electrodomésticos, muñequillos pequeños, soldaditos de plástico, naves espaciales y bombillos quemados, y listo, la Navidad se dejaba botar al basurero.

La época era propicia para el Oso Carmuco. El organizaba los rezos frente al portal, cantaba con las señoras y aporreaban las panderetas que ellas habían conseguido de los cultos de carpa de circo que se armaban a veces en las plazas de los barrios de la GAM.

Unica no tocaba la pandereta ni estaba muy de acuerdo con aquellas practicas...

-Porque a mí me inculcaron desde chiquita el deber de asistir a misa y fui siempre que pude, pero esos aspavientos de cantar con los brazos levantados y sonar panderetas, eso antes no lo veía uno, antes era solo el cura que daba misa, carajo, y se respetaba. Ahora resulta que cualquiera va y separa adelante y hace payasadas... !oh costumbres las de ahora!, de eso es que todo esta tan mal... -.

-¡Ay, Unica Oconitrillo!, que voy yo a estar yendo cuando hay cosas más serias en que pensar...

Mira, por ejemplo, los vecinos de Río Azul siguen empeñados encerrar el basurero el treinta y uno de diciembre si no les arreglan la situación de una vez por todas, y no están muy convencidos que digamos de lo de la prorroga hasta el treinta de abril...-

Pero la Navidad se imponía y hasta se lograron apaciguar los ánimos de la comunidad de Río Azul y las demás porque el gobierno prometió que el quince de enero daría a conocer el sitio para el nuevo relleno.

Días antes habían caído lluvias esporádicas hasta el clima parecía estar harto también de tanta lluvia y hacia hasta lo imposible por reivindicarse con atardeceres violeta y naranja y el verde acentuado de después de tanta agua. Era como imposible no dejarse arrastrar por una suerte de optimismo camuflado que hacia parecer que todo tendría final feliz, aunque fuera por los efectos embriagantes de un cielo sospechosamente azul y una brisa fresca que acallaba la amenaza del gas metano acumulándose desde hacia veinte años en los arcanos instintos del basurero, que en la de menos reventaría en del pedo mas aparatoso del que se tuviera memoria en la historia de la indigestiones.

Unica aprovechaba los viajes al centro de San José para Llevar A El Bacán recorrer las vitrinas ornamentadas luego de dejar las latas de aluminio en recicladoras. Un peso por lata... trecientos por semana, más o menos, le casaba cada buzo a la sede abrazadas de los josefinos.

El Bacán se hipnotizaba viendo los trenes eléctricos de los escaparates y los disparates de las muchachitas vestidas de barbie para que las niñitas se retrataran con ella, y todo eso en una misma ventana de las grande tiendas vendedoras de juguetes. El Bacán le pedía al; Niño varias pistas de esa en donde los carritos se mueven solos y platillos voladores de esos que solo le falta un marciano vivo adentro, y los cientos de armas letales en su acepción infantil, de esas que familiarizan al dedo con gatillo. Unica lo tiraba. Del brazo para poder seguir adelante, y...

-¡Como se te ocurre pedirle eso al Niño... chiquillo! ¿No ves que el es muy pobre? Imaginate la congoja en la que lo vas a poner, porque de esos juguetes hay muy poquitos y están ahí desde hace días que nosotros no venimos; a lo mejor ya los pidieron... Además, el niño se adelanto este año, ¡no ves que allá nos fue a dejar a Momboñombo para que nos haga compañía!, y bien que te gusta hablar con el... verdad, y que te cuente cuentos en la noche, y que te enseñe palabras nuevas, porque es muy sabido el Momboñombo, ahí donde lo ves, el se sabe muchas cosas y a mí me gusta que te las enseñe... total, ¿para que quieres vos esos chunches raros?, allá tenes tus libritos y tus revistas y el teléfono que el Niño seguro mando para vos, y vos ni gracias le has dicho...-

El Bacán se iba no muy convencido de tanta bondad, pero al menos lograba un abolsa de trocitos de amago con limón y sal de los que vendían los vendedores ambulantes. Al llegar a casa le contaba a Momboñombo lo que había visto y las razones del Niñodios para no regalarle una calle de carritos de los que se mueven solos.

-Un día de estos podes ir con nosotros a verlos, ¿verdad?- Pero Momboñombo Moñagallo estaba decidido a no salir nunca más del basurero. Le daba vértigo solo imaginarse caminando por las calles de San José, máxime después de lo que le había pasado en Río Azul el día que se desmayo. Estaba irreconocible con su barba de casi tres meses, la mugre de su piel, el cabello encanecido y el sombrero de lona que lo protegía del sol, pero aun así temía encontrarse cara con algún antiguo conocido y verse en la embarazosa situación de explicarse. Temía también pasar por los lugares de toda una vida y hallarlos ajenos ya; sentir que entonces con nada se identificaba, más aun con la rapidez con que cambia San José, derribando el patrimonio histórico cada vez que hace falta un parqueo o una galería de tiendas. Pensaba en lo absurdo de ir por las calles tratando de reconocerse en los cines que solía visitar, o en los supermercados donde compraba cigarros...

-¡Por cierto...! Cuanto tiempo tendré de no fumarme un cigarro...pero ni una chinga.-

Aun no había aprendido a recibir los cigarros que llegaban en cantidades industriales al basurero, como lo hacían sin ningún reparo el Oso Carmuco y los demás muchachos de bordo. El Oso recogía las chingas de cigarros, las estiraba lo más que asentarles el tabaco y finalmente, las ponía a secar al sol sobre una lata de cinc del techo de su casa; después de un rato ya estaban listos para fumarse, manchados hasta el amarillo y con un sabor agrio que se sentía con solo oler el humo que expelían. Momboñombo no fumaba mucho, pero le gustaba los cigarros enteros en primer lugar, secos en segundo, nuevos de ser posible, y una serie de calamidades que dieron al traste con la infinita

paciencia del Oso Carmuco que lo amando a fumarse a la chinga de tu mama, porque lo que soy no te vuelvo a ofrecer.

-¡Hasta el vicio se le olvida a uno cuando se le va entre la basura!

Y no fue San José por más que le rogó El Bacán que los acompañara en los viajes que por la época se hacían más necesarios debido a que la cantidad de basura de esas fechas era a veces el triple de la de los días corrientes. Llegaban cientos de botellas, miles de latas de cerveza y objetos extraños que algo tenían de retribuciones inconscientes de algunas personas al ciclo de las cosas... ¡un escuche de anteojos, bueno bueno!, ¡Una vasija llena de ropa de hombre! ¡Un pasaporte!... cosas raras, cosas que no estaban destinadas a la basura pero que habían resbalado en un descuido hasta el país de los buzos, como decía Unica que se le había resbalado a Dios su angelito en un descuido y por suerte había caído ahí.

Todo eso había que correr a venderlo a San José antes de que se pusiera viejo o se lo comieran las cucarachas, y siempre si iban en sacos pesados, que no por pesados hacían que Momboñombo se animara a ayudar a llevarlos. Unica tampoco se lo pedía; en parte pensaba que el hombre estaría más seguro en casa que expuesto a la tentación de la urbanidad de la superficie a donde, de alguna manera, no dejaba de pertenecer. Pero la naturaleza doble del viejo se unificaba cada día más a fuerza de no ejercer su antigua profesión de funámbulo sobre la cuerda floja de la normalidad. Solo un golpe muy fuerte lo haría salir de ahí, solo un revés más en su historia de arrevaso lo pondría de nuevo en las calles de esa ciudad de donde había salido en la pompa fúnebre de las cosas que se mandan a morir sin cortejo a las profundidades viscerales del olvido.

La actividad era de hormiguero y los buzos llevaban encima cargas sesenta veces superiores a su propio peso, en largas hileras por la cuesta de la colina, todos segregando el almizcle que los guiaba sin distracción en su trabajo sordomudo de desmoronar aquel gigantesco pastel servido en el centro de la mesa... de la meseta central. Indistinguibles e inconfundibles, ennegrecidos, con seis patas cuando entre tres bajan un estañon de basura de un recolector, entrando y saliendo de los agujeros de sus tugurios, con antenas cuando el viento les tira los cabellos alargados, revolcándolo todo porque siempre puede haber algo utilizable, fieros con los extraños pero indiferentes a la vez, inamovibles de sus tareas, hábiles para el asalto al lomo de los recolectores que un no llegan a la cima y escudriñarles las cargas, con ventaja sobre los que esperan arriba. Pero pueriles a ratos, también en Navidad cuando el encanto de un juguete los sustraía un instante de la cadena perpetua de la miseria, cuando una gaseosa llegaba intacta a sus manos y se la bebían de un sorbo orgulloso de su suerte.

El basurero se ponía peligroso por esos días de tránsito desenfrando repartido entre los buzos en propiedad, los viejos en el oficio, y los interinos, los que llegaban solo por un tiempo durante la temporada alta y luego se perdían como por artificio. No cabía ni un alma más porque hasta la metería volátil del alma tenía que disputarse su espacio con los flatos del botadero.

Unica había desarrollado un método de precaución desde la infancia del El Bacán: se lo amarraba a la cintura con una cuerda de unos dos metros de largo para poder distraerse ambos buceando sin el temor de perderse entre la muchedumbre siempre atentos sin embargo, al más mínimo estímulo de su cordón umbilical de nylon, un tirón, un enredo entre los pies, el frecuente desacierto de avanzar en direcciones opuestas que siempre daba con Unica en el suelo arrastrada un par de metros hasta que El Bacán se percataba de que traía a su madre en tan lamentable posición y se revolcara de la risa de ver a la vieja con los brazos cruzados arrastrando el culo por entre la bausa... era un juego también.

Entre una caja de cartón llegó a manos de Momboñombo un queque de navidad de esos con frutas secas, semillas y un ligero olor a licor; estaba casi intacto salvo por un mordisco que a juzgar por sus dimensiones, debía ser de perro, "en alguna casa alguien habría dejado a un inmenso pastor alemán adentro cuidando, sin tomar la precaución de guardar el queque en el horno o en la despensa", se imaginaba Momboñombo camino a casa a guardar su delikatessen para después de la cena, para sorpresa de Unica y desilusión del El Bacán, que creyó que se trataba de otro de sus cumpleaños. La ocasión mereció que Unica se tomara la molestia de bajar hasta la pulpería de Río Azul a rebuscarse un litro de rompope para acompañar el queque, porque....

-Un lujillo de vez en cuando no se le niega a nadie y por dicha este mes trabajo no ha faltado... mientras uno tenga fuerza pa'l quehacer... Ah, a nadie le falta Dios.-

Y hubo cena de navidad en la intimidad del hogar. El Oso Carmuco dio misa como a eso de las nueve de la noche frente al portal, que hubo de ser trasladado para que no lo arrojaran los buzos en estampida que pasaban día y noche en llevando y trayendo. El Oso venía repitiendo su misa de veinticuatro en veinticuatro, hablando siempre del rey Herodes, de la huida a Egipto, de Jesús en el templo con los sabios y María y José vueltos locos buscándolo por toda parte...

-Porque así es como se pierden los chiquitos, en un descuido y un sátiro se los lleva a un cafetal y después aparecen sin riñones...- ¡Dios guarde, Oso Carmuco, ni diga eso!-, apunto Unica....

-Pero es que así pasa doña Unica, es que usted no lee los periódicos porque le da miedo de solo imaginárselo, pero los sátiros ahora hacen esas cosas... yo no se para que quieren los riñones de los chiquitos, pero eso decía el periódico.-

Después, cada uno se fue por su lado porque los de abordó no habrían podido cenar como de cuando en cuando con tantísima gente rodando el lugar. El Oso Carmuco se fue con sus amigos, quién sabe donde y bajo protesta de las señoras, porque...

-Esos le consiguen mujeres al padrecito y es pecado eso y más en esta época...-

-Si, yo los he visto, se lo llevan con unas sinvergüenzas de esas que andan todas peladas y para eso si se quita la sotana, la deja bien guardada y se va en pantalones, como un hombre cualquiera. Y siempre lo emborrachan, porque donde lo ven tan bueno se aprovechan, por eso a mí no me gusta que el padrecito se vaya con esos, pero como el dice que no hay que juzgar a la gente...-

-Y no sea que lo traen borracho, es que después pasa hasta una semana y quince días que no se le baja la mica y hay que ir a hacerle oración a la casa para espantarle a Satanás que donde lo ve tan bueno lo quiere echar a perder...-

Unas pocas de las de abordo solían asistir a una de esa tantas iglesias populares de garaje o de carpa de circo, donde no se les daba acceso a la palabra pero las convencían de que lo tenían. Luego las enviaban a respectivas comunidades a propagar la fe y a recoger limosnas para el 'culto', por eso pululaban las sucursales de los aspirantes al lugar de la palabra... un día a la vez... cada una hablaba un ratito y se iban pasando el churuco hasta que todos los asistentes habían pasado al frente a dar testimonio de lo que fuera, pero con toda seguridad, a ser escuchados así fuera tres minutos; tres minutos que valían el esfuerzo de la cuota, la limosna, el donativo, el poquillo de plata que de por sí se gasta en cualquier cosa. Y el pastor, cada día más prospero y más bueno, les encomendaba la misión de ir en su nombre al basurero donde vivían a pregonar la obra del Señor, claro, con centro de operaciones en la carpa de circo o en el garaje alquilado por ahí.

Unica nunca se dejo convencer porque rara ella "un padre era aquel que se vestía como padre y vivía como padre, no esos que se confunden con cualquiera y lo único que quieren es palta..."

Los tres se retiraron a su casa y solo se llevaron a la Llorona con ellos porque la pobre ni sabía que era navidad y a Unica le daba lastima que pasara nochebuena sola con su muñeco en su ranchito. Hicieron cena, como cuando Unica era joven y vivía con su madre, o cuando Momboño era joven y vivía con su familia, bueno, casi como en aquel entonces; pero para Momboño la cosa era más lejana aun que para Unica, porque ella había seguido celebrando año a año, pero el había aprendido a pasarla solo, vigilando en alguna construcción o en la biblioteca, o donde fuera, pues en esas fechas siempre pagaban mejor los servicios de un vigilante. Para el fue un poco extraño eso de celebrar la navidad como en familia y ver a El Bacán desenvolver los regalos reciclados y recibir el un regalo también "de parte de Unica Oconitrillo para Momboño Moñagallo", como se lo dijo ella a falta de tarjeta, y caer en la cuenta de que el no le había buscado nada ella, solo le había miserable sin sentimientos, y disculparse de lo imperdonable, porque pero que el reclamo que no llevo era que Unica auténticamente no esperaba nada a cambio de su regalo... "El año próximo, el año próximo sin falta..." se juro Momboño.

El treinta y uno, igual que la Navidad, fue a dar con sus treientos sesenta y cinco días encima a la basura.

Los años también se botan cuando se ponen viejos, no hay de otra, o se botan o nos aplastan. Solo se deja uno unas cuantas cosas que lejos de pesarle le aligeren la carga, por eso hay que ir botando el lastre para no zozobrar al final, sino encallar suavemente en alguna playa serena de la muerte.

El treinta y uno trajo la esperanza de que el basurero se cerraría ese año del Señor de mil novecientos noventa y tres al llegar al final de su vida útil, y como ya no era posible tirarlo a la basura como habría sido lo más oportuno, se hablaba de su clausura como única alternativa posible. Se hallara otro sitio y ahí, poco a poco el botadero de Río Azul se iría desintoxicando con el tiempo, aseguraban ello, se le daría tratamiento y se iría reforestando el forúnculo rioazuleño aunque no se supiera aun que tipo de árbol estaría dispuesto a crecer sobre aquel terreno movedizo y putrefacto.

-¡ Feliuuuuiz año nueeeeeevooo!!!!-, se dijeron los buzos sin haber estrenado jamás un año, sino haber vivido siempre de los harapos del tiempo con los que cosían la camisa de fuerza de sus cotidianidades.

Hasta el año nuevo llegaba viejo al basurero, desposeído de cualquier connotación de novedad que pudiera encender en los buzos siquiera un agónica perspectiva de cambio; nada se había modificado en veinte años, ni el flujo de los camiones ni el reflujo de la gente. Buzos venían y buzos se iban, y unos cuantos, movidos por quien sabe que necesidades extravagantes como eso de vivir en familia, o tener algo a lo cual llamarle 'mi casa', y cosas así, se habían establecido para simular un vecindario, para tener un punto referencial en la vida e identificarse con los valores que nos vendieron viejos con precio nuevo.

La gente de Río Azul, San Antonio de Desamparados y los alrededores del botadero, amaneció el primero de enero con la firme convicción de que el basurero se iría por fin ese año... veinte años de estar soportándolo, viéndolo crecer y viéndolo morir en una agonía infinita de cadáver palpitante y enfiebrado que les llenaba las casas con sus estertores nauseabundos obligándolos a vivir con la perenne contaminación de toda índole, con las ventanas cerradas y su autoimagen venida a menos por la irremediable asociación del nombre de su comunidad con el apellido del basurero planificado para ese primero de enero hasta tanto no se diera con un lugar idóneo para el nuevo relleno, se

les hablo del amor al prójimo, del amor a la Patria... 'no pregunten ¿qué puede hacer la Patria por Río Azul?, sino Río Azul ¿qué puede hacer por la Patria?'

Se ratifico el acuerdo hasta el treinta de abril y el gobierno siguió adelante en busca de un hogar para el relleno, pese a que cada nuevo objetivo pronunciaba un No categórico.

Cualquier cosa podía andar huérfana por ahí, pero un relleno sanitario no. Era impensable que siquiera una semana se pasan sin tener un olvidadero de lo inservible, y menos aun cuando se trataba de los fantasmas putrescibles de las cosas.

#### IV

#### S

Eria por la brisa fresca de esa noche, aquella ventisca que le refresco al aliento de indigestión milenaria al basurero, o tal vez por la lata de calamares probablemente encomendada al descuido, que Unica encontró en una de las bolsas más cotizadas por los buzos, lo que sobrecogió a la pareja casi anciana. Momboño Moñagallo, que siempre le había andado al amor por los ruidos, y Unica Oconitrillo, que lo había circunscrito a su manifestación materna desde que se hallo con El Bacán, esa noche no perfumada sino menos apestosa, se miraron a los ojos largo rato, callados, bajo la luz de la lámpara de canfín, que cuando había canfín les alumbraba sus soledades compartidas. Se miraron hasta que Momboño le paso el brazo por los hombros y la arrimo a su pecho y ella se quedo quietecita, como sintiendo un afecto que ya había descartado desde años atrás, como para sentirlo solo unos segundos mientras se le terminaba. Momboño Moñagallo le dijo algo que ella le pareció muy bonito:

-Unica, si yo hubiera sabido que habían botado una familia tan linda al basurero para que yo me la encontrara, hace tiempo me habría venido para acá, en vez de estar allá solo esperando morirme de un patatús.-

Para ella fue la confirmación de una esperanza que no había perdido del todo. Si el basurero había sido prodigo con ella al darle un hijo, ¿por qué no habría ahora de completarle familia?

Los casi ancianos se miraron otra vez, y se les hizo el milagro del amor reciclado cuando encontraron en sus labios los besos que en toda una vida nadie ni estreno nunca ni boto para ellos. El Bacán se aproximaba en esos momentos, pero como aconsejado por su zopilote guardián, se alejo sin hacer ruido y se fue a dormir a casa del Oso Carmuco.

-Oso, hoy duermo aquí. Yo creo que mama Unica y Momboño están haciendo cosas de gente grande.-

El Oso Carmuco entendió. Le esponjó una buena caja de cartón y le presto una cobija; lo dejo acostado, busco su Biblia y se fue a leer a la luz de una candela.

Unica y Momboño entraron abrazados directamente al catre donde azuzaron a sus cuerpos a embestir el amor o a morir en el intento... y ambos salieron airoso del esfuerzo.

-¡Ay, Momboñoombo!, yo nunca tuve a nadie hasta que Dios me deparó a El Bacán, y estas alturas de mi vida le juro que ya no esperaba esto.-

Unica había visto aproximarse a El Bacán y vio también cuando se devolvió a casa del Oso Carmuco, solo por eso estuvo tranquila en una pausa de madre que no se había dado desde el día que el apareció: “Bacán, Bacán”.

Momboñoombo reconoció que el tampoco le pedía tanto a la vida y que seguro por eso se le había hecho. Pero como estar del todo al margen de las morales heredadas es imposible, el viejo no tardó en proponerle a Unica matrimonio... “pa’ que nadie tenga nada que decir...”

-A los viejos no nos luce perder el tiempo-, dijo Unica, completamente decidida a llevar aquello hasta las últimas consecuencias, -yo le hablo mañana mismo al Oso Carmuco para que nos case aquí en la vencidad.-

Momboñoombo Moñagallo jamás pensó que un buzo llegaría a unirlos en sagrado matrimonio, pero la sola idea se le hizo simpática en el acto. Eso era lo más consecuente que podía hacer alguien que se había precipitado al basurero por su propia voluntad. Nada debían ellos a nadie y si a nadie le parecía indecente que tantas personas vivieran sus vidas entre los desperdicios de los demás, menos debía importarles a ellos lo que los de la superficie pudieran decir. En eso estaba cuando también recordó que su remota consideración era absurda de cabo a rabo, ya que aquello que le estaba dando nuevo sentido a su vida pasaría irremediablemente desapercibido más allá de los lindes del mar de los olvidados.

Amaneció sin novedad, pero la pareja se quedó un rato más de los acostumbrados en la cama; después de todo esa sería -con mucho- toda la luna de miel a la que podía aspirar el futuro matrimonio Moñagallo. El Bacán llegó a tiempo para el desayuno, entró en el Oso Carmuco y ambos miraron con malicia a la pareja.

Unica Oconitrillo solo soltó una carcajada que dejó ver en detalle el mecanismo alambreado de su dentadura postiza y le dijo al Oso que llegaba como caído del cielo...

-Así es doña Unica, como ya no servía en el cielo, me botaron aquí.-

El Oso Carmuco escuchó atentamente la solicitud de matrimonio de los ancianos un tanto rejuvenecido esa mañana.

Entre todos le explicaron a El Bacán lo que aquello significaba y él se fue a sentar directamente a los regazos de Momboñoombo, lo abrazó y lo besó con todo y sus barbas mojadas en el café de procedencias múltiples de Unica. Ella se unió al abrazo.

El Oso Carmuco prometió un hermoso sermón sin disimular la emoción que sentía por la primera boda que iba realizar en su vida; apuro su café y salió a prepararse.

Hacia la tarde todo el basurero estaba enterado de la boda, desde los buzos pioneros, hasta los más recientes, más recientes algunos que el mismo Momboñoombo Moñagallo, como los llamados “los novios”, una parejita joven, muy joven que frecuentaba el basurero desde hacía un par de semanas. Entre todos los llamaron los novios porque eso parecían. Se vestían ambos con unas camisetas rosadas sin mangas, que quien sabe dónde las habían sacado de puro idénticas que eran, con el mismo defecto de fábrica sobre las costuras derechas y el mismo corazoncito rojo del lado del auténtico corazón rojo; idéntico blue jeans desteñido y agujereado a la moda, e idénticos zapatos blancos de goma. También fueron invitados los conductores y los recolectores mismo, así mismo, fueron invitados los vigilantes de la entrada del basurero y los cobradores de las diferentes cuotas por pagar de acuerdo con la calidad y cantidad de la basura.

La boda se fijó para el lunes de la semana siguiente para tener tiempo de organizar la celebración, y el resto de los días solo se habló de eso en el botadero de Río Azul. Todos los vecinos del precario participaron del evento Unica sacó su único vestido más o menos entero. Momboñoombo sintió de pronto el impulso de ir a la superficie a recoger de lo que había sido su casa su traje entero y sus zapatos negros de cuero, pero fue solo un impulso...

-¡Volver!... ¿y para que diablos voy y yo a volver?, como si necesitara algo de allá, como si no fuera suficiente con lo que he encontrado aquí, mujer e hijo, techo, amigos y cariño de sobra. De todos modos, aunque volviera, ya nada allá arriba tendría sentido, con toda seguridad ya mi casa fue abierta y mis cosas tiradas a la basura; en la de menos hasta me vienen a buscar aquí mis cuatro chunches, porque a don Álvaro como que le urgía que yo me largara de ahí, como si el cerdo ese no tuviera suficiente plata como para no poder dar unos días por el alquiler de una pocilga. Y aun si todo estuviera allá tal y como yo lo deje ¿qué?, ¿cómo podría volver yo? De solo pensarlo me dan náuseas...

Volver, buscar con que abrir la puerta, mirar todo lo que ya me extraño, revisar de nuevo todo para ver que nos sirve aquí, y lo que no nos sirve tirarlo a la basura, es decir, traérmelo también... ¡que absurdo!

¿Y si me diera nostalgia por todo aquello? Pero eso es imposible, yo ya no soy de allá. ¿Cómo podría yo reintegrarme a todo lo que deje, vivir tranquilo ahora que he conocido a esta gente maravillosa? ¿Cómo podría yo volver a tirar algo a la basura?, creo que trabajaría solo para mandarles cosas por el correo de los camiones, esto para El Bacán: todos mis libros, esto para Unica: todos los perfumes y desodorantes que pudiera comprar con un mísero sueldo, esto para el Oso Carmuco: todo lo necesario para su ministerio, esto para la Llorona: un muñeco de eso nuevos que cualquiera confundiría con un bebe de verdad, plata para los novios, para que ahorren y se casen algún

día... ¿Y como podría yo volver a tirar un desecho a la basura?, tirar por ejemplo los papeles del excusado con su raya de mierda, si son de lo que más apesta aquí en el basurero, porque nada es más hediondo que lo que el mismo cuerpo bota porque ya ni el se lo aguanta. No puedo ni pensar tampoco en lo que haría con los desperdicios de comida porque, como dice siempre Unica, lo que aquí llega no es que no sirva, no, no es eso, es que la gente ya se ha acostumbrando a tirarlo todo por la mitad y por eso es que ella siempre tiene desodorantes, pasta, cepillos de dientes, perfumes, toallas femeninas, café, polvillo para hacer fresco... y como ella todo lo recoge y lo guarda en un solo frasco, los frescos son siempre de varios colores y sabores.

La gente, y yo lo se porque yo fui gente alguna vez, no sabe lo que bota cuando bota algo; es como un acto mecánico, nada más ve que algo ya esta por acabarse, lo agarra y lo tira al basurero, todo revuelto, y tantas tantas veces se van cosas valiosas y se pierden, como aquel reloj que se encontró don Serlindo la semana pasada y vendió en veinte mil pesos. Y eso es por la costumbre esa de tirarlo todo al basurero; es como digo yo, la frente tira algo a la basura y en ese mismísimo instante lo olvida para siempre, por eso es que, a veces, hasta es medicinal tirar algo a la basura, sobre todo si es algo que ha hecho daño, pero igualmente, todo viene a dar aquí, todos los ríos dan al mar, y tantas veces hasta las penas se reciclan solo para que la gente las vuelva usar... Si yo volviera solo me traería mis libros para regalárselos a El Bacán.-

Entre unos buzos y unos guardas socarrones del lugar armaron a martillazos una suerte de altar desde don de el Oso Carmuco diría su sermón. Las esposas de los recolectores recolectaron cuotas para regalarle a la feliz pareja lo que más necesitara que fue, por supuesto, un saco de arroz. Entre las mismas mujeres del basurero convencieron a El Bacán de que se dejara rasurar sus barbas y bigotes y cortarse el cabello, por lo que recobro como por magia el aspecto de niño de su ultimo cumpleaños. Un vecino de Río Azul que se entero de la cosa, le envió a Momboñombo un traje viejo con corbata y todo; le quedaba un tanto estrecho, pero fue importante para darle ese toque de solemnidad que la ocasión requería. Todos aportaron comida y alistaron los restos de licor que venia en las botellas condenadas.

-Guaro si que no va a faltar-, les dijo Unica a los buzos, -porque si hay gente que traga guaro, esos son los ticos.-

A El Bacán le pusieron un traje entero que lograron reunir entre varios, con zapatos blancos y pantalones cortos que dejaban ver el peluzal de las piernas del niño.

La boda estaba listas para el lunes por la mañana, pero hubo que postergarla para el martes a la misma hora porque al Oso Carmuco le vino una fiebre de la emoción, lo que lo tumbo contra su voluntad todo el día en su cartón.

Pero el martes, aun contra la sentencia popular de que ni te caes ni te embarques, ni de tu casa te apartes, en la colina del botadero de basura de Río Azul, entre la comitiva de zopilotes y el desfile de las moscas, la recolección de basura de la capital se vio interrumpida por el cierre de los portones y el cese del vaivén de los tractores. Como por artes de magia, la boda coincidió con la gran huelga de los recolectores de basura que durante una semana tendría a San José a punto de asfixiarse en su propia porquería.

Los trabajadores del servicio de recolección de basura de la Municipalidad de San José suspendieron sus labores el cuatro de enero y demandaron la compra inmediata de diez unidades recolectoras más que al parecer, les habían ofrecido desde febrero del noventa y uno.

En el botadero, con vista hacia San José por el noroeste, a Desamparados por el sur, hacia el verde sobreviviente de la colina por el este, la congregación de buzos suspendió su trabajo para presenciar el acto solemne de la unión en matrimonio de Unica Oconitrillo y Momboñombo Moñagallo.

El Oso Carmuco estuvo en pie a eso de las cuatro y media de la madrugada; temblaba de frío y de emoción Desde feliz día en que había hallado aquel largo vestido púrpura, la Biblia, y había decidido colgarse los hábitos encima, había esperado algo así ansiosamente. Había realizado confesiones y absoluciones entre los mismos buzos y había oficiado la misa de gallo, pero nunca había casado a nadie. Tampoco había asistido a misa desde su lejana niñez, por lo que recordaba muy vagamente el ritual.

A Unica, la flamante novia, la entrego Don Retana, un hombre muy muy anciano que vivía cerca del precario, a quien Unica visitaba de vez en cuando porque vivía solo. Momboñombo ya esperaba de pie en el altar.

Don Retana, pese a que había sido marinero y lo había visto todo en este mundo, tuvo que disimular el asombro y una risilla desdentada ver al Oso Carmuco tan caracterizado en su uniforme.

-Hermanos, estamos aquí reunidos para unir a este hombre y a esta mujer en sagrado matrimonio. Ellos han decidido continuar sus vidas en buceando a cuatro manos...-

-¿Qué es bucear a cuatro manos?-, interrumpió El Bacán.

-Bucear a cuatro manos es remendar a dos agujas.-

-¿Y remendar a dos agujas?-

-Pujar como uno solo.-

¡Ah...!

-Poneos de pie.-

El Bacán llevaba un platito con los anillos que don Retana había donado a la causa; habían sido de su propia boda y los guardaba entre sus cosas desde el día de su viudez.

Los buzos aplaudían y silbaban cada vez que el Oso decía algo pero ello, lejos de molestar al cura, lo hacia sentirse orgulloso.

-Hermanos, estamos aquí reunidos porque vivimos aquí y somos vecinos de Unica y Momboñombo.-

El Oso Carmuco tenía un leve recuerdo de que en las ceremonias se leían pasajes de la Biblia y luego se comentaban, por lo que comenzó a leer el Antiguo Testamento. Después de diez minutos de lectura no muy fluida, El Bacán interrumpió para pedir permiso para sentarse.

-Podéis sentaros en paz...-

Cerro la Biblia y prosiguió: -Como habéis visto, hermanos, Dios echo a Adán y a Eva del paraíso porque algo sucio habían tirado por ahí; se comieron las manzanas prohibidas y dejaron el paraíso lleno de cáscaras y de semillas; pero Dios envió a un ángel con una escoba y los obligo a limpiar todo y a largarse, pero se tuvieron que llevar la basura con ellos. Después, Dios les dijo que se tenían que ganar la comida con el sudor de la frente, por eso siempre buscando entre la basura, por si les había quedado algo que comer. Así paso que cuando murieron dejaron la basura a sus descendientes y la basura fue pasando de esa forma de mano en mano, hasta que llego a este basurero y esa fue la primera basura que hubo aquí, por eso es que nosotros buscamos la comida aquí.

Estaba en medio de su comentario, cuando un par de buzos adolescentes se pasaron detrás de el y le levantaron la sotana hasta la cintura dejando sus vergüenzas al viento, lo que provoco una carcajada general. Todos estaban contentos, y celebraron la broma gritándole al Oso "...mucha ropa, mucha ropa.." El continuo su comentario, pero le volvieron a alzar la sotana, entonces aprovecho lo que estaba aguantando desde hacia rato y les soltó un sonoro pedo en la cara a los bromistas. La congregación se revolcó de la risa un buen rato, a Unica hasta las lagrimas se le salieron de las carcajadas pero luego ella misma apelo a la calma y ordeno a todos que se portaran bien, "porque aquello ya parecía una fiesta de asnos"; lo decía sin poder dejar de reír.

El Oso Carmuco deliro un buen rato más sin que nadie se percatara excepto don Retana y Momboñombo que pasaron viéndose con mirada cómplice toda la ceremonia. Finalmente llego a lo que todo el mundo sabe, y dijo:

-Señor Momboñombo Moñagallo, ¿tomas a esta mujer como tu esposa, para protegerla, honrarla y quererla para siempre hasta que la muerte los recoja en su camión recolector?...-

-Si-, -¿En serio te quieres casar con esa vieja tan fea?...-

-Si-, y Unica le arrebató la pandereta que el había tenido en la mano toda ceremonia y le dio con ella en la cabeza.

Todos volvieron a reír y ella alzo los brazos en señal de triunfo, a la manera de los boxeadores.

-Y tu, doña Unica Oconitrillo, ¿tomas a este hombre igual de feo para lo mismo?-

-Si.-

Momboñombo le dio otro golpe con la pandereta.

-Bueeeeno, tal parece que este par de viejos se quieren casar... ¡ja, ja, ja, ahora es que no los caso, ahora es que no los caso!-, se puso a cantar el Oso Carmuco, acompañándose con la pandereta y brincando, pero todos empezaron a silbarle y tirarle cochinadas del suelo.

Por fin volvió a su lugar y dijo seriamente:

Si así lo hicieres, El os ayude, si no, El y la Patria os lo demande..., ya podes coger a la novia.- Y todos aplaudieron, gritaron, tiraron porquerías para arriba y corrieron a abrazar a los novios y a echarles basura encima.

Una vez terminada la ceremonia, el Oso Carmuco saco devencijada guitarra que guardaba desde antaño y se puso a cantar una ranchera en honor de los novios:

-“Dos cooooooozooones se dieoooooon, se dan, se darán la manó...”-

Momboñombo estuvo a punto de dejar viuda a Unica del ataque de risa que tuvo luego, en la embriaguez de la fiesta. Los buzos comieron y bebieron y cantaron y folgaron, porque, porque mañana, de seguro ayunarían. El Oso canto todo el día entre el zumbido de las moscas y el lindo sermón de la boda.

El Bacán jugo con otros niños, corrió entre los invitados, espanto a los zopilotes a pedradas y lloro cuando fue reprendido por su madre por maltratar a los animales. Unica estuvo emocionada, igual que su esposo, durante la ceremonia; de cuando en cuando le bajaba un par de lagrimas por entre los surcos de la edad. Entre suspiros y agarrada de la mano de Momboñombo, repaso su vida en los intervalos de seriedad de la ceremonia y pensó en su madre, Doña Tena, la del diente prominente que sobresalía por su labio inferior, a la que cuidó con su risible sueldo de maestra agregada todo el tiempo que le duro. Trato de recordar a su padre pero no pudo. Recordó sus días de niña en zona rural y recordó cuando abandono el campo hacia más de cruenta años, cuando la trasladaron a Desamparados a terminar ahí su servicio docente. Su madre ya había muerto y no volvió a ver a nadie de su familia nunca más.

Definitivamente ese fue el segundo día más feliz de su vida porque a pesar de todo, nada se podría comparar al día en que se hallo con El Bacán y empezó a ser madre... Ahora tenia completa a la familia.

La ceremonia estuvo a punto de ser interrumpida por un grupo de policías que llego a averiguar por que estaba cerrado el botadero a esas horas de la mañana; creían los policías que se trataba de un nuevo bloqueo por parte de los recolectores o los vecinos, por la presencia ya insostenible del basurero en esa zona, o por el enredo de lo de la compra de las diez unidades, pero, al menos esta vez no hubo necesidad de romper barricadas ni de dispersar por la fuerza a los niños de la escuela del barrio ni a las amas de casa que solían amenazar con agredirlos a escobazos. Los portones se dejaron abrir sin ninguna resistencia porque nada tenían que ver con la huelga de los recolectores; si no llegaban los camiones atiborrados de basura, tan lo mismo daba que hubiera o no acceso al botadero.

Durante la semana de la huelga, muchos buzos decidieron lanzarse a las calles de la ciudad dado que los camiones y la basura, como si de repente un mar abandonara sus playas, se habían ido, y el sustento había que ir a buscarlo donde estuviera. Pero un buzo en las calles de San José es un marinero en tierra: andaban todos mareados.

Las lineales aceras y las calles irremediamente rectas les daban a los buzos una sensación de infinitud que los descompensaba. Una acera o la del frente no le decía lo mismo a los buzos que a los ciudadanos; para ellos la red de calles no implicaba ningún principio de orden, a veces se pasaban hasta una hora girando en torno a la misma cuadra sin percatarse, a pesar de que conocían bien la ciudad, Cruzaban cientos de veces la misma calle, de una acera a otra, de una acera a otra, sin mayor preocupación por los vehículos que los lapidaban a bocinazos; se metían a los establecimientos para nada, daban una vuelta dentro y, o salían por sus propios pies, o los echaban a empujones, porque sus esquemas de circulación estaban programados sin calles ni aceras, ni semáforos, ni gentes de la superficie. Al caminar en un espacio abierto, los buzos reproducían los límites del basurero y los pasos que allá debían dar para revolver varias veces en el mismo sitio. Cruzaban las calles, caminaban en círculos con la manía como de gallina, de remover el suelo con los pies; varias veces caminaban veinticinco metros y se devolvían, chocaban con la gente... Eran un desastre y ni siquiera se percataban de que estaban borrachos o drogados, o locos en el mejor de los casos; pero no había nada de otras coordenadas, su vista estaba especializada y su oído atrofiado. Su mareo de tierra lo provoca el pavimento inamovible, su mirada extraviada de animal salvaje puesto de pronto en la ciudad la provoca la búsqueda de objetivos que, como pintados con los transeúntes que se los brincan, los esquivan, los detestan... pero no los ven, y los buzos llegan a formar una unidad indisoluble con el bote de basura para el que los ve comiendo directamente de la boca de un estañón de basura; los buzos son eso con lo que nadie desea tropezar.

Al cuarto día de la huelga de los recolectores, la Municipalidad de San José inicio gestiones ante otros concejos y el Ministerio de Obras Publicas y Transportes para echar a andar un plan de emergencia para recoger la basura de las calles de la ciudad. Se calculaban en dos mil las toneladas métricas de basura que ya estaban evocando al fantasma de la peste, y los vecinos de la GAM seguían sacando la basura de sus casas a las aceras donde los buzos, los perros y otras plagas la atacaban. Muchos dueños de establecimientos comerciales optaron por alquilar servicios privados de recolección para deshacerse de su basura. El operativo tuvo éxito... salvo el pequeño detalle de que nunca se supo que hicieron con la basura recolectada. La municipalidad adquirió vehículos y trabajadores prestados quienes, bajo la custodia de la Fuerza Publica, recogieron esa noche unas cuantas toneladas y el viernes ocho de enero llego a feliz termino la huelga de recolectores, cuyo pliego de peticiones fue aprobado.

Un segundo después de recogido el ultimo montículo d basura ya nadie recordaba ni la huelga ni las calles atiborradas ni los humores de los desperdicios, todo eso había sido enviado a Río Azul, al gran botadero, para el solaz y la salud de los ciudadanos.

El regreso de los camiones fue recibido con alegría en el basurero. Todo había vuelto a la normalidad justo cuando se comenzaban a agotar las reservas de los de abordó.

En los periódicos atrasados llego también la noticia de que el gobierno estaba estudiando catorce sitios "ofrecidos por particulares y otras entidades" para la ubicación del nuevo relleno.

De las catorce finalistas, la comunidad de Orotina fue la primera en ser llamada y desfiló en traje de gases lacrimógenos cuando la policía antimotines enfrente a unos mil quinientos vecinos que bloquearon, en señal de protesta, algunos puntos de la carretera costanera que conduce a Quepos. Desde el sábado por la madrugada, los vecinos colocaron camiones en Cuatro Esquinas y en Pozon de Coyolar. Nadie se hacia a la idea de un relleno a la vuelta de su casa, ni a eso de que la basura viajaría kilómetros en tren hasta el nuevo lugar de su descanso eterno. Los gases lacrimógenos obligaron a los vecinos a refugiarse en un salón a orillas de la carretera; luego se llego a un acuerdo pacifico entre llorones y policías. El sacerdote, presidente del comité cívico contra la instalación del Relleno se quejo ante la prensa de haber recibido gases a cambio de los refrescos que los vecinos le habían ofrecido a los policías y aseguro que se estaban tomando medidas por si el gobierno insistía en colocar hay el basurero. A pesar de las imágenes de niños, mujeres y ancianos, además de los hombres, afectados todos por los gases y alguno que otro empujón por parte de la fuerza antimotines,! Orotina estaba en pie de guerra!

El gobierno dijo no entender la actitud de los vecinos de Orotina, pues solo se había el nombre como posible ganador, nada oficial aun... y suya en el misterio el mutismo que tenia en vilo al país. Nada se decía, nada de humo blanco... Des ves en cuando alguna pronunciación a favor de transporta la basura por vía férrea. El ministro de salud aseguro que el basurero seria instalado en una comunidad de la que nunca se había hablado, por eso "nadie se podía quejar porque la propiedad no tenia caseríos cercanos, acepto la casa de un peón", (claro que quedo en el misterio lo que habría dicho, si se hubiera tratado de la casa de un millonario).

Las finalistas pasaron una semana entera con el alma en un hilo. La Uruca, Orotina, la preferida del jurado Turrucare, Turrubares, Atenas, pero no fue sino hasta el quince que Esparza fue la que quedo con la boca abierta cuando por decreto fue electa Miss Nuevo Relleno Sanitario.

Los vecinos de Orotina gritaron y lloraron –llanto natural, esta vez-, y se congregaron en el templo para presenciar por televisión el discurso del ministro en el cual, se les confirmo la exoneración de sus terrenos como

depositarios de lo que nadie quiere en sus casas. El padre puso orden y dirigió un acto religioso de acción de gracias por intervención divina en los asuntos del gobierno.

A eso de la siete de la noche unos mil quinientos vecinos de Esparza estaban en la carretera interamericana protagonizando un bloqueo, pero la fuerza la publica ya estaba ochocientos policías antimotines y esperaban igual numero de efectivos. El gobierno no estaba dispuesto a permitir la interrupción del paso de esta carretera. Por su parte, los noticiarios no dejaban instar a los pobladores de Esparza a colaborar, a "se poner su actitud egoísta" pero el lugar había sido elegido criterio más aya de lo lejano, un par de Kilómetros, de las oblacones cercanas. El estudio de impacto ambiental no se había hecho. El presidente dijo, como quien no quiere la cosa, el estudio un no se había realizado pero que sus resultados serian positivos...

-¡Vez!-, le dijo Unica Oconitrillo a Momboñombo Moñagallo cuando el leía las noticias, -...si hay estudio, pero esta sin hacer....-

Los diarios del diecisiete de enero amanecieron con grandes titulares, pues la violencia había estañado en Esparza. La fuerza de seguridad lanzaron contra los vecinos granadas de gas lacrimógeno, e hizo su aparición un tanque-bomba de agua, que seis meses atrás aun dormía el seño de los justos en un rincón del aeropuerto internacional. Veinticinco metros de altura desde su punto más elevado llenaron de paniquico a los vecinos que bloqueaban las calles. El tanque había venido de Estados Unidos (¡quien lo diría!) hacia cosa de veinte años, presto servicios de urgencia diez años en el departamento de bomberos del aeropuerto Juan Santamaría y fue dado de baja. Pero fue descubierto por oficiales de policía inspirados en los programas de televisión, y el gobierno le dijo: "¡tanque, levántate y anda!", además de una inversión de dieciséis millones de pesos en su reparación, en la reconstrucción de su motor diesel de ocho cilindros, la caja automática y reparaciones en la cabina para disparar agua desde ahí, a través de una manguera muy gruesa, a cuatrocientas libras de presión. Cuando el tanque entra en acción lo acompaña un vehículo cisterna que lo abastece con dos mil litros de agua. Los gases y el duodinamico de los carros de agua despejaron el área en cuestión en ocho minutos los vecinos huyeron heridos, mojados, humillados y ofendidos, e intoxicados por los gases al punto que fueron necesarias cuatro unidades de las cruz roja para atenderlos. Entre los perjudicados se contaba tres recién nacidos aseguraron los diarios. Un reportero que había venido cubriendo los acontecimientos desde días atrás, aderezando la sin informaciones con criterios personales no muy autorizados, fue alcanzado durante el enfrentamiento por un proyectil contra su cabeza, y le removieron la sangre junto con sus apreciaciones personales.

Todo se lo leía en vos alta Momboñombo a Unica y ella hacia un esfuerzo sobre humano sobre humano para compartir la preocupación con su maridos sin lograrlo del todo, en parte porque ya se le había pegado el 'carpe diem' buzos desde hacia muchos años...

-El señor preverá, Momboñombo, no te pongas así. Vos sabes que así es todo en este país, un pleito, un agarronazo y después todo sigue como si nada hubiera pasado.-

-Deacuerdo. Unica, pero la diferencia es que hasta ahora nunca habíamos visto que la policía utilizara esos métodos para dispersar a la gente, ¿no oíste?, no eran criminales los que estaban protestando, eran los propios vecinos del lugar y habían mujeres, niños y ancianos como voz y como yo, y los fumigaron a todos porque de un día para otro les avisan que el nuevo basurero lo van a tener en su comunidad, en Cabezas de Esparza, como quien dice, Unica, en sus cabezas. Yo te lo estado diciendo, nos van a echar de aquí y no va ver para donde irse. Pero aquí nadie me hace caso, todo el mundo esta ahí esperando que pase los nublados del día y nadie se preocupa...

-Eso de los nublados del día se debe al nuevo frente frío que amenaza al país...-, apunto El Bacán quien leía sin entender mayor cosa de un diario de esos días.

-Lo peor de todo es que en este enredo de lo de la basura, todo el mundo tiene razón y todos están equivocados. Mira, Unica, los vecinos de por aquí de Río Azul San Antonio, Tirases y todos esos, tienen razón llevan veinte años soportando esta barbaridad si tregua...-

-¡Ay!, no sea ingrato Momboñombo no le digas barbaridad ¿no vez que aquí vivimos? -, protesto Unica.

-Tregua... tregua...tregua...-, se repetía fascinado El Bacán.

-Si que lo digo barbaridad, porque si no, decime ¿cómo se le puede llamar a eso de vivir entre la basura?, y no me digas que es yo no soy un buzo profesional y que todo eso es porque todavía no me he acostumbrado... Pero bueno... Después, por otro lado,, cada día hay más basura y no hay donde botarla y la gente le exige al gobierno una solución inmediata y el gobierno dice que no hay plata como reciclar la basura que seria lo más lógico...-

-Lógico..lógico...lógico...-

-... Pero si hay plata para hacer un tanque-bomba del tamaño de un dinosaurio... Si si, Bacán, ya se, "Dinosaurio...Dinosaurio...Dinosaurio".-

Y ahí siguió el viejo con su cháchara, hablándole a El Bacán porque Unica ya se había hastiado de escucharlo y se había ido a sus quehaceres. Tenían que reorganizarse después de lo de la huelga de los recolectores, que

además de lograr su objetivo, había dejado que toda la basura de una semana se pudiera en las calles de San José y, aunque parecía un chiste de mal gusto, su hedor era desagradable aun en el basurero.

Momboñoombo Moñagallo se estaba obsesionando con el tema del basurero; andaba malhumor esos días y comía menos ante los ojos preocupados de Unica, que opto por esconderle los diarios, pero llegaban tantos ejemplares cada día, que era casi imposible que no los leyera.

-¡Es que así son todos los hombres.. entre más viejos más necios!...-

-¡Te oí, Unica, te estoy oyendo!, pero el día que nos vengán a sacar de aquí y nos pongan en media calle sin techo y sin sustento, vas a ver, y vas a tener que decir... 'Momboñoombo tenía razón'; pero como uno aquí es como un muñeco pintado color de hormiga; por un lado, el gobierno no da el brazo a torcer: que reciclar costaría un ojo de la cara, por otro, el Ministro de Seguridad promete mano firme, por otro, los vecinos de Esparza dicen que van a seguir metiendo cabeza hasta lograr algo, por otro, el resto de los ticos se pasa el problema por el culo, por otro, todos dicen que el Presidente metió la pata, por otro, todos el mundo esta hasta el cuello con la basura, por otro, todas las comunidades zafan el lomo cuando les hablan del relleno, finalmente, todos dicen que tendrán que pasar sobre sus cadáveres para ponerles el basurero en su vencidario, y nosotros estamos hasta la nariz de porquería... Como ves, Unica, no se ha quedado quien no tenga involucrada alguna parte del cuerpo en el problema.-

-¡Momboñoombooooo, callaaaaate, ya no te agauntooooo!- Y el viejo se levanto y salió del tugurio refunfuñando y pensando que tal vez era cierto que aun no se había convertido en un buzo autentico, que todavía le quedaba un gramo de conciencia para detenerse a pensar que lo del relleno en Esparza era una locura, que le saldría carísimo al país, que aquello iba aparar en un montón de pequeños rioazules por todo San José en los llamados 'centros de transferencia' como explica el periódico, es desde donde cada comunidad va a empaquetar la basura para enviarla ala Estación del Pacifico donde nuestro desvencijado ferrocarril la llevara a pasear por todo lado hasta llegar a Esparza, donde... ¡Como no se venga otro terremoto y reviente el relleno y quede todo el mar lleno de porquería... ,o no se vuelque el tren...!, y...El viejo alzo la vista en ese momento. Era ya tarde noche y había luna. Una luz pálida simulada las fosforescencias de las olas del mar conforme la luna cruzaba el basurero en una lenta consumida de brazadas impasibles, que clarifican la turbulencia y daba la impresión de que se le podía ver el fondo al estanque de las ilusiones vanas, al paso de Selene desnuda. Momboñoombo se quedo como hipnotizado viendo el paisaje nocturno en la quietud de una de esas noches sin camiones recolectores ni la ubiquidad de los buzos. Silencioso y sin luz artificial, hasta el basurero adquiría cierto encanto apocalíptico donde miles de luciérnagas sin intermitencia, igual una lata de gaseosa o la envoltura de los cigarrillos, o una moneda, o el tesoro sumergido de un galeón, recolector fantasma de las basuras de los tiempos, navegando solo para que la historia tu tuviera donde botar lo que le estorbaba.

Todo brillaba diafanamente atravesando con su luz el hedor, como con un filo sin daga.

El viejo contemplaba de cuclillas, luego avanzo un poco hasta uno de esos troncos de playa desde donde se mira al mar, un estañón hundido a lo largo a lo largo hasta la mitad. Se sentó y se le apaciguo el espíritu. En eso sintió el abrazo de Unica, que había salido a buscarlo envuelta en su cobija.

Antes de abrazarlo lo había observado un rato. Se envolvieron ambos en la cobija y se quedaron mirando lo que parecía ser un pesquero en línea del horizonte. Ella se agacho a alcanzar una lata de coctail de frutas que flotaba por ahí y se llevo al oído, después se la puso a Momboñoombo en su oreja para que escuchara dentro el eco de las olas...

-Dicen...,- le dijo Unica, -que si uno se pone un tarro en la oreja puede oír el ruido de los tractores.-

El tiro lejos el tarro y se besaron salobremente, como saben las bocas de los que se besan en el mar.

Los Moñagallo regresaron reconciliados con el mundo a su catre matrimonial a tratar de dormir el resto de la madrugada para reponer fuerzas que serian necesarias en la india del día siguiente.

Los días se pasaban hasta de tres en tres sin que hubiera forma alguna de enfilearlos en el mecanismo rígido de la semana, sobre los rieles de los meses, en la ruta de los años. Momboñoombo siguió leyendo los diarios, pero trato de hablar menos de la cosa,, sobre todo con Unica porque no quería hacerla sufrir, no con el problema, pues nadie sufre lo que no vive y, definitivamente, Unica estaba tan al margen de la información que lo que el le leía le parecía como si se tratara de otro basurero, en otro país y en otro planeta. Pero enero no se fue invicto... los vecinos de Esparza anunciaron que el documento legal recurso de amparo en la Sala IV; también amenazaron con tomar fuertes medidas si el gobierno no deponía el decreto.

Por su parte, el gobierno había adjudicado la construcción del relleno a una compañía extranjera, y a esas alturas ya se estaban iniciando los tramites para empezar lo estudios de viabilidad del proyecto, con una inversión inicial de entre cuatro y cinco millones de dólares, para una virtual vida útil de treinta años del relleno, y para beneficio de los trece cantones de San José y cuatro de Cartago; pero a costo de la imagen y los problemas ambientales, por añadidura, de la comunidad de Esparza.

Para un bando la cuestión se reducía a que algo había que hacer con la basura; para el otro, que fuera lo que fuera no podía ser en nuestra comunidad, porque además... ¿A cuenta de que tenemos los esparzanos que tragarnos la basura de San José y Cartago?, si ya tenemos suficiente con el mar, que lo tienen hecho un basurero al pobre..."

V

L

E daba miedo... A veces le daba mucho miedo. Sobre todo cuando se le ocurrían esas cosas mientras estaba buceando. También le daba mucho miedo cuando se descubría a si mismo después de un par de horas de buceo y se encontraba con un extraño que había buceado automáticamente, mecánicamente, como se debe bucear, porque como buceaban todo ahí, o casi todos, o algunos, porque como dicen que 'cada cabeza es un mundo' tampoco podía el asegurar que nadie pensara en algo por simple que fuera mientras buceaba. Pero el los veía a todos y en todo veía esa misma expansión en la mirada, todos, todos, desde su Unica Oconitrillo, hasta el buzo que le resultaba más desconocido.

Ahora podía distinguir entre un mendigo y un buzo sentados uno al lado del otro en sus harapos: el mendigo alza automáticamente la mano con la palma hacia arriba. El buzo la baja con la palma hacia abajo y los dedos como independientes, listos para agarrar. La mirada del buzo esta conectada a su mano; la del mendigo esta dirigida hacia aquel a quien apunta su suplica. Pero en apariencia, los dos son idénticos, y como ambos son flora intestinal en el digestivo de la sociedad que poco ha ido perfilado como su cometido el fagocitarlo todo para después hacerlo mierda,

el mendigo es una parásita que espera paciente la savia, mientras que el buzo es una planta carnívora despidiendo el aroma que atrae a las moscas, tomando sin pedir lo que la gente desecha...

Pero a Momboño Moñagallo le daba mucho miedo porque lograba intuir que estaba elucubrando sus últimas ocurrencias, que poco a poco se le iría incorporando más y más comportamientos de los buzos, y el más alarmante era ese... el de bucear horas de horas con la mente en blanco, con los cinco sentidos, uno en cada dedo, aguzados pensar con la mano que revolcaba entre la basura. La mano había aprendido a ver con ojos de rata, a oler con percepción de zopilote, a degustar con lengua de mosca, mientras allá arriba en su cabeza, el oído se cerraba con la ignición del motor de los tractores, el olfato había muerto hacia varios meses, los ojos dormían abiertos una suerte de vigilia de zombie de la que cada vez resultaba más difícil salirse. Se estaba volviendo cómodamente autista durante las jornadas laborales y solo de tarde, casi noche, le empezaba a interactuar con su familia. Le llegaban destellos de conciencia y se estremecía del miedo de haber muerto ya hacia cinco meses y llevar ese tiempo de huésped del infierno; pero algo lo hacía desechar su teoría: en el infierno no podía haber tanta ternura hirsuta, ni cariño en bruto de parte de su esposa y su hijo ni la amistad que le prodigan los pocos de abordo, ni la indiferencia de los muchos de los de paso.

-Unica, me esta empezando a picar el culo... Vamonos de aquí antes de que nos echen, porque que nos echan nos echan.-

Pero ella siempre lo consolaba diciéndole que no empezara otra vez con eso, que no los iban a echar, que ¿adonde irían?, que eso era el único hogar que El Bacán había conocido en toda su vida, que ahí se quedaría la Llorona y nadie la iba a cuidar...

-El Oso Carmuco la va a cuidar... ¿O no te has dado cuenta como la cuida a veces en su casa...?

-¡Ay, que Momboño este más mal pensado!, el lo que cuenta es que la confiesa y a ella le gusta...-

-¡Por favor, doña Unica Oconiitrillo!, no me decepciones... ¿Acaso no te has dado cuenta de que la confiesa dos o tres veces por semana?-

-¿Y eso que tiene de malo?-

-De malo no tiene nada, lo que a ella le gusta es la penitencia.-

-Cállese, Momboño, que lo va a castigar Dios por hablar así.. Además, ella esta loca y favor que le hace si hace eso que estas diciendo.-

Y Momboño se mordió la lengua.

La clausura del botadero estaba volviendo a ser noticia pero esta vez para comenzar la marcha de su demora.

El Presidente se había comprometido a que el nuevo relleno comenzaría a funcionar el primero de junio y los vecinos de Río Azul a cerrar el viejo basurero el treinta de abril; pero las reparaciones en la vía férrea, en el tren, en el terreno de la finca en Cabezas de Esparza, y un sin número de detalles y millones de pesos, hacían previsible la imposibilidad de su cierre para esa fecha.

Por eso entonces de su segundo frente frío al país a menos de quince días de concluido el anterior que registro temperaturas de hasta trece grados centígrados en el Valle Central y, de nuevo, El Bacán se quería volver al revés de los ataques de tos. El frío le afectaba y le debilitaba sus ya de por sí débiles pulmones. Unica se pasaba la noche en vigilia friccionándolo con los ungüentos rancios y los bálsamos añejos que recogía, pero El Bacán solo lograba dormir si le calentaban el pecho con agua casi hirviendo en una bolsa de hule para ese efecto, que llegó sin su tapa al basurero.

Unica se las ingeniaba para taponarla con un tapón de corcho envuelto en un pedazo de plástico asegurando con ligas, pero una vez el tapón había cedido y a eso debía la cicatriz de quemada sobre el hombro derecho del niño, desde entonces había que esperar a que estuviera muy cansado ya para ponérsela sin que se negara.

A Unica también le afectaba el frío, pero en sus piernas, y a veces hasta pasaba renca durante todo un frente frío sin dejar por ello de bucear a diario.

-Hasta el frío nos jode en este lugar...!Quien lo diría, que en el mero infierno íbamos a tener que calentar agua para un resfrío...!

Pero la responsabilidad de cuidar a la familia inyectaba nuevas fuerzas en el aprendiz de buzo. Era como si eso lo sacara del letargo en el que caía los más de los días, idénticos a sí mismos como latas comprimidas.

E año había empezado frío, como con ganas de seguir en las mismas del anterior; pero durante febrero, el tema del basurero iba dejando de ser febril. Se hablaba más de las posibilidades de reciclaje, pero solo a un nivel meramente teórico, con esas cifras que nadie puede entender, como eso de que en Costa Rica se desperdicien tres millones de botellas plásticas por mes... ¡Treinta y seis millones de botellas plásticas al año... coño! Eso quien lo entiende, porque nadie las puede ver todas juntas. También se hablaba de la cloaca a cielo abierto en lo que se habría convertido las redes hidrográficas de la GAM, y de los ríos María Aguilar, Virilla, Torres, Tiribi, Segundo, Grande, Ocloro y Tarcoles, así como las quebradas Lantisco, Negritos, Bermúdez y Rivera, que cruzan Alajuela, Heredia y San José, que sencillamente estaban agonizando. Todo tipo de desechos iban a parar a ellos sin reparo alguno: llantas de autos,

la mierda de todos, las mieles del café de las industrias cafetaleras que significan el sesenta por ciento de la contaminación fluvial, los desechos químicos, los casi mil galones de bunker, que en un accidente fueron a parar a la quebrada Rivera y provocaron un incendio.... ¡se nos quemó un río!... Todo ello hacía pensar a Momboño Moñagallo que cualquier parte del país a donde huyera con su familia sería igual que estar en casa, porque al fin y al cabo, todo el país se estaba convirtiendo en un basurero y no había ya ni un solo habitante que pudiera jactarse de no tener algo de buzo aun en lo más íntimo de su corazoncito, porque todos, absolutamente todos, nos vemos obligados a bucear en las profundidades del humo de los escapes en busca de un poco de aire para respirar; todos, absolutamente todos, nos vemos a bucear en las profundidades de las aguas contaminadas en busca de algo beber; todos, absolutamente todos, nos vemos obligados a bucear entre la basura que hablaban los políticos en busca de una actitud sincera que reflexione auténticamente. Pero ya estaba llegando el momento en que Momboño Moñagallo olvidaba casi inmediatamente las ideas que le venían a la cabeza; a menudo le sucedía que en instante mismo en que se le enmarañaba en la lengua y terminaba por no decir nada más que un enredo de murmullos que se callaban cuando Única se desesperaba y le gruñían un “deja de hablar con el diablo, carajo.”, y surtía el efecto de un exorcismo porque el viejo como que reaccionaba y se le ordenaban un poco las ideas.

-¡Cada día me vuelvo más bruto...!-

-Mejor, así se sufre menos...-

Pero mal consuelo era atisbar que ya no llegaría a encontrar entre el basurero de las palabras, la poesía reciclable de decir simplemente que no estaba de acuerdo en reducir todo, naturaleza y todo, a la mínima expresión del desecho irretornable.

Momboño Moñagallo se propuso hacer algo antes de que el gran botadero se tragara también su conciencia; se propuso salir de ahí, sacar a su familia, dar la lucha, erradicar el buceo... en fin, se estaba poniendo senil.

No escatimo esfuerzos por explicar la situación a los buzos de la manera más clara posible. Sin embargo, y por más que todos insistieran en que si comprendían la cosa, algo en sus caras, o más bien en sus ojos no dejaba de preocuparlo. Ellos no estaban entendiendo lo grave de los acontecimientos; para ellos la cosa se limitaba a una rabieta más de la comunidad de Río Azul y como siempre, la policía llegaría a poner todo en orden y ya, todo en el basurero volvería a su inmundo cauce.

Momboño Moñagallo decidió dejar de hablar y comenzar a escribir. Él nunca le había escrito una carta a nadie ni la había recibido de nadie. Había leído, eso sí, la correspondencia escogida de Hesse, alguna que otra carta que escribiera o recibiera Neruda y una carta por ahí y otra por allá de las que circularon entre los literatos, por lo que tenía en alta estima el arte de la correspondencia, pero él nunca había escrito ni siquiera un telegrama, lo cual no fue óbice para que tomara algo del dinero reunido en esos días y se dirigiera a la pulpería. Volvió con un cuadernillo escolar de veinte hojas de caligrafía, porque no había otro, y un lapicero azul; se acomodó en casa del Oso Carmuco porque ahí no llegaría El Bacán a interrumpir ni a demandar atención y porque el Oso Carmuco había rescatado hacía tiempo un escritorio de madera de esos que usaban antes en las escuelas y que ahora son cotizadas o por los coleccionistas de antigüedades, o por los recolectores de basura. Se sentó cómodamente en una silla improvisada y escribió algo así después de la fecha:

“Estimado Señor Presidente de la República: Muy respetuosamente le mando esta carta para ponerlo al tanto de un gravísimo problema que usted ya conoce.

Mi nombre es Momboño Moñagallo, o mejor dicho, mi nuevo nombre, pues lo uso desde el día en que me vine a vivir aquí al precario de Río Azul entre la comunidad de los buzos.

Nunca antes había escrito una carta, ni una carta ni gran cosa. La ortografía va de memoria, eso sí todavía no me falla, y las oraciones ahí van, como Dios quiera.

Por lo que he estado leyendo los últimos meses de la clausura del basurero, me veo en la necesidad de hablar en nombre de los que conformamos la comunidad de los buzos. Como usted ya sabe, tenemos cientos de personas que vivimos de lo que la gente bota a la basura y aunque como dice doña Única, mi mujer, que más de la mitad de lo que el agente bota no es basura, sea como sea, la verdad es que nosotros vivimos de eso.

No es que nos opongamos al cierre del basurero, no estamos ni a favor ni en contra, sino todo lo contrario.

Nosotros estamos de acuerdo con los vecinos de Río Azul y San Antonio de Desamparados, ya aquí no se puede vivir de la hediondez y el mosquero. Pasamos enfermos todo el tiempo, El Bacán, mi hijo adoptivo, padece de un asma que ni para que le cuento, a veces no nos deja dormir de los ataques que le dan, y eso es por vivir aquí en el precario porque nunca hay aire puro para que corra y juegue. Mire, Señor Presidente, yo nunca había padecido de nada, solo una vez tuve una gravedad pero eso fue hace muchos años y ya ni me acuerdo de que fue, pero apenas me

vine a vivir aquí padezco de los bronquios que es un gusto y me salen salpullidos por todas partes y eso es porque aquí el aire es malsano.

Entonces, para que usted vea, soy de la opinión de que el basurero hay que cerrarlo, pero es que no es ese el problema, el problema es que, y no se si usted ya se ha puesto a pensar en eso, el problema es que ¿qué vamos a hacer nosotros? ¿de que vamos a vivir cuando el basurero la cierran?, porque seria muy fácil decir que es que nos vamos a cambiar de casa, que ahora vamos a vivir en Esparza o en Puntarenas, o donde pongan el basurero, pero como usted sabe, porque lo dicen los periódicos todos los días, el basurero va a ser privado, o sea que lo más publico del mundo que es la basura, ahora resulta que va a ser privada y dicen que no nos van a dejar ni vivir ahí, que seria mucho mejor que aquí porque el mar esta cerca y el aire del mar es bueno para los bronquios, ni nos van a dejar ir a bucear allá, y es que no es ese el problema, el problema es que si existiera otra cosa que nosotros pudiéramos hacer para ganarnos el pan, pero mucha gente aquí no sabe ni leer ni escribir ni hacer otra cosa que rebuscarse una platilla con lo que se encuentran en el basurero. Yo le escribí esta cartas porque aunque usted dice que el basurero de Río Azul esta tan solo a cinco Kilómetros de Casa Presidencial y que ahí no ha pasado nada, tal vez usted no sepa lo difícil que es para nosotros ganarnos el pan. Los que vivimos aquí tenemos que aguantarnos el mal olor y las cochinas de los zopilotes, las moscas y las cucarachas que son peores, porque por lo menos las moscas duermen, pero las cucarachas trabajan jornada continua y hay de noche y de día. Y los que bucean por las calles de San José, no solo se tienen que aguantar que de todo lado los corran porque riegan la basura, sino que también viven respirando el humo de los carros y esa es otra porquería que enferma al agente.

Mire, Señor Presidente de la Republica, el caso es que no esta bien que hayamos personas que tengamos que vivir entre la basura, pero tampoco es el caso de que a todos va a estar en manos de la empresa privada. Yo he oído eso de que la empresa privada produce libertad y no estaría nada mal que nos liberaran de vivir aquí como presos, porque nuestra única falta es hacer nacido pobres, pero tampoco se puede decir que uno es libre si se esta muriendo de hambre. Yo he leído muchas veces eso que dijo San Guineti de que donde hay un costarricense, este donde este, hay libertad, y será que yo no soy muy religioso que digamos pero yo a ese santo no lo conozco y por eso me atrevo a contradecirlo, porque aquí habemos muchos costarricenses y ninguno es libre, todos pasamos más penurias que los que están en la peni y todos somos más esclavos de lo que usted se imagina, es como si estuviéramos amarrados de pies y manos a este basurero y ahora que los periódicos dicen que lo van a cerrar, imagínese usted, es como si de pronto Dios mandara a decir que va a cerrar el mundo y que lo va a pasar para Marte, imagínese usted, que haríamos nosotros. Usted me podría decir que ya hay cohetes para ir a Marte, pero y si el mundo que va a abrir allá fuera privado, ¿qué? Porque nosotros también tenemos pies como para ir caminando hasta el nuevo basurero, la cosa es que si no nos van a dejar entrar ¿para que nos sirven?

Yo soy un caso aparte, yo me vine a vivir aquí en parte porque me dio la gana, yo me bote a la basura, pero aquí hay tanta gente, como El Bacán, por ejemplo, que nació aquí y este es el único mundo que conoce. ¿Qué va hacer El Bacán?, lo único que el sabe hacer es leer, ¿de que va a vivir cuando le faltemos Unica y yo? Y así hay tanta gente que sólo vive de los que los demás botan no se si me entienden, yo les digo que tal vez hablando con usted algo se pueda hacer, yo les digo que yo hasta conocí a su papa, que tal vez usted me quiera escuchar porque aunque estemos tan cerca de la casa presidencial yo se que hay cosas que no ven si uno no afina el ojo y cosas que no se huelen si uno no afina la nariz.

Tal vez lo que nosotros necesitamos también sea una de esas famosas movilidades laborales de las que tanto hablan los diarios, para que nos pongan a trabajar en otra cosa y nos den garantías sociales, porque por aquí no se arrima nunca un medico ni un trabajador social, aquí no se arriman ni siquiera esos panderetas que andan en los buses hablándole ala gente de la perdición de sus almas, mientras hay aquí cientos de almas que se están muriendo pero de hambre y de asma. Tal vez si usted nos consiguiera trabajo en otra parte donde nos enseñen a hacer algo útil, claro, y mientras nuestros niños pueden ir a la escuela, y que nos den una casita humilde pero por lo menos mejor que los cartones y las latas de cinc en las que vivimos, y entonces si quieren privatizar la porquería que la privaticen, pero sin dejarnos sin sustento a todas las personas que vivimos aquí.

Usted podría pensar que qué nos va a poner a hacer, si no sabemos hacer nada y que como nos van a dar casitas a nosotros que todo lo destrozamos para venderlo; pero piense primero que nada de eso lo hemos hecho los pobres por malos que somos o por mal agradecidos, no cuando un pobre hace eso con la casa que le regalaron, es sencillamente porque no sabe hacer otra cosa, eso lo hace como por un instinto pero no natural sino aprendió, yo se que no hay instintos aprendidos, pero le pongo el ejemplo porque yo creo que así es como funciona la cosa, como un instinto aprendido. Pero si usted nos consiguiera buenas condiciones para que no tuviéramos que hacer esas cosas, yo le garantizó que algo bueno podría salir de todo esto, sobre todo porque esta gente de aquí es gente que si se adaptaron a vivir entre la basura, ya no hay a que no se puedan adaptar y es solo un poquito de educación lo que necesitan. Yo que ya llevo varios meses viviendo entre ellos le podría ayudar, con mucho gusto, a ver por donde comenzamos a educar a esta gente, porque son buenas persona, lo malo es que se visten muy feo y no se bañan y huelen muy mal, aunque ya a mi no me huelen a nada, pero eso no es culpa de nosotros porque aquí ni agua hay, pero si usted los conociera vería que yo tengo razón y que no es justo que hayan gentes que tengan que vivir así. Lo demás me gustaría decírselo personalmente, por lo que espero que uste nos conteste pronto esta carta y nos escuche.

En espera de su amable atención se despide.

**Momboñombo Moñagallo.”**

El viejo salió tan contento de lo del Oso Carmuco que apenas se aguantaba las ganas de decirle a toda la comunidad que ya estaba resuelto el problema.

Se envalentó, tomó un poco más de menudo y salió sin decir nada a nadie,; eso sí, se lavó los dientes antes de partir.

Bajo la cuesta, pasó el puesto de vigilancia de la entrada, saludo a los guardias, camino pasando la mano por la malla del patio de la escuela y llegó por fin a la parada del bus de San Francisco-Río Azul; espero cuarenta y cinco minutos y lleno de emoción tomó el autobús sin percatarse de las miradas de repudio de la gente.

El viejo iba sentado en el primer asiento y sentía de pronto como pequeños mareos de puro desacostumbrado que estaba a eso de andar en bus. Escucho atentamente un barullo que se le coló por el embudo de los oídos... ¡era música! No escuchaba música desde el día de su llegada al precario; se emocionó más aun: -¡Un bolero de mis tiempos!...-

El viejo hasta el centro de San Francisco de Dos Ríos se le hizo eterno de la premura. Se bajo, cruzó la calle y espero otra media hora el autobús de la periférica que lo llevó a trompada de loco hasta Zapote, donde se bajo y comenzó a caminar hacia Casa Presidencial.

Una vez enfrente de los grandes portones negros, Momboñombo pidió a los guardias que lo dejaran entrar porque tenía una carta muy importante para el Presidente. Pero los guardias solo vieron a un viejo en harapos, maloliente y desaliñado, con un mugriento cuadernillo en la mano. Les hizo gracia, pero solo le dijeron que no era posible porque el Señor Presidente estaba muy ocupado, que volviera otro día. Sin embargo, ante la insistencia de Momboñombo, los guardias aceptaron entregarle personalmente la carta al Presidente y el viejo lo agradeció en el alma.

Regreso a pie; el precio de los pasajes era exorbitante para un buzo. A la vuelta encontró a Unica desconsolada llorando porque Momboñombo se había ido para siempre, pero apenas lo vio comenzó...

-¡Vos lo que quieres es volverme loca!, a ver, ¿adonde diablos andabas?, todo el día quien sabe donde y uno aquí preocupada pensando lo peor....-

Pero el viejo venía de tan increíble buen humor que ni se impacientó con la regañada de que estaba siendo objeto; se sentó y comenzó a contarle a la concurrencia su ocurrencia, y como esperaba respuesta a su carta muy pronto, apenas la leyó el Señor Presidente.

Para todos, aquello sonaba poco menos que estrambótico, más aun, sin pies ni cabeza; hasta ellos que se mantenían a una distancia prudente de lo socialmente aceptable, consideraron una demasía del viejo lo de la carta, pero no dejaban de sentir orgullosos de que Momboñombo quisiera defenderlos en caso de un eventual ataque contra el basurero, como lo entendieron ellos, sin llegar a percatarse siquiera de que Momboñombo estaba totalmente de acuerdo con el cierre y la desaparición de este. Eso no había quedado claro. La parte de la propuesta de un cambio de vida para los buzos ni siquiera la escucharon; pero las actitudes de apoyo le levantaron el ánimo al viejo hasta el punto de sentirse redentor de aquella estirpe paralela a la humana.

Unica le propuso un trato, o una prueba de fuego más bien...

-Ahora que mandaste la carta, Momboñombo, prométeme que te vas a sosegar, que vas a dejar de andar por ahí con cara de bobo pensando solo en desgracias y que vas a trabajar con gusto porque el trabajo es sagrado...-

Y él aceptó: se aguantó los colores de marzo sin decir nada y extrañó las lluvias de octubre y noviembre, mientras veía con nueva preocupación que no habría de ser necesaria la clausura del basurero de contaminar el clima así, simplemente este se evaporaría un mediodía cualquiera en un flato amarillento que oscurecía la luz del sol un instante mientras terminara de atomizarse. Extrañó las olas frías de enero y febrero mientras buceaba a pleno sol de la mañana porque de no ser por su sombrero de lona, ya se le habría derretido el seso, le decía a Unica, recordando a alguien que fingió haber creído lo mismo un día que se le derritieron unos quesos que en broma habían puesto en su yelmo.

El calor secaba y reventaba la tierra del basurero dejándola hecha una red de grietas por donde se escapaban a veces pocos de gas atrapado en el subsuelo. Lo derretían todo, alborotaba los humores fétidos de las cosas en proceso de descomposición, multiplicaba al infinito el número de moscas que revoloteaban desde siempre por ahí, rechinaba la piel de los buzos y secaba la argamasa de polvo, sudor y mugre que los curtía; alborotaba la sed también y hacía tan evidente la ausencia de sombras en el basurero, que los buzos habían llegado a elaborar una suerte de tiendas de campaña con sus sabanas y los trapos que hallaban, de modo que cada cierto tiempo se iban a meter ahí para evitar la insolación. Hasta el Oso Carmuco se desembarazó de su trapo púrpura por esos días para sobrevivir al calor y volvía a sus harapos de civil, con la certeza de que todo el mundo comprendería.

Para su tranquilidad, Momboñombo, durante el mes de marzo no encontraba mayor información en los diarios; el tema del basurero se había calmado bajo el entendido de que el treinta de abril estaría cerrado para siempre, por lo que las esperanzas del viejo lo llevaban a ocupar su mente volátil en las ocupaciones futuras de los buzos una vez que se hubiera operado el milagro de la multiplicación de la justicia y su re inserción social.

El pensaba que El Bacán aprendería rápidamente en la escuela... bueno, ya estaba un poquito crecido para la escuela, pero en una de esas que funcionan de noche... eso, claro, si Unica lo permitía, que era lo que estaba difícil. También se llegó a imaginar que el Seminario haría maravillas en la formación del Oso Carmuco.

-¡Te imaginas, Unica!, vos y yo en una casita propia, con jardín y de todo... porque todavía podemos trabajar mucho tiempo. Todo es cuestión de que el gobierno nos de un empujón y...

-¿De que estas hablando, Momboñombo?-

-¡Pues de la carta!, ¿de que otra cosa iba a ser...?-

Pero marzo, perecedero y biodegradable, cumplió el promedio de vida normal de un mes cualquiera y murió heredándolo a abril sus tareas inconclusas...

La respuesta no llego, como era absolutamente previsible, y Momboñombo no dejaba de atribuírselo a la negligencia de los guardas.

-Tuvieron que ser ellos, porque si el Presidente la hubiera leído, nos habría contestado hace tiempo. Pero ellos no se la dieron, Unica, fue culpa de ellos...-

-¿Y no sería que no te lavaste los dientes ese día, antes de ir a hablar con ellos?

-¡Pero claro que me los lave, y dos veces!, Lo que pasa es que me lo ven a uno pobre, entonces no le dan importancia...-

-¿Y no sería que pusiste alguna grosería en la carta y el Presidente se resintió con vos?-

-No, no nada de eso. Si vieras lo que me costo acordarme de las palabras de domingo para que me quedara bien bonita. Lo que pasa es eso, que antes uno podía ir a buscar al Presidente y hablar con el porque te lo encontrabas en pleno San José discutiendo con los ciudadanos las cosas del país...-

-¡Ay, Momboñombo!, pero vos estas hablando del año del pedo, ¿Cuánto hace de eso?, ¿de cual presidente estas hablando?-

-De cualquiera, Unica, la cosa es que antes si se podía pero ahora, si uno no tiene plata no es nada...-

-Eso si que no, no es hora, eso ha sido así siempre desde que el mundo es mundo y las cosas no van a cambiar solo porque a vos se te ocurre.-

-¿Pero, que le cuesta?, Unica, ¿qué le cuesta venir un día a hablar con los pobres, no con los vecinos de Río Azul nada más, sino también con nosotros? Tal vez si viniera se daría cuenta no solo del problema de que nosotros tengamos que vivir aquí, sino también de que son cientos de familias las que viven mal. Debe ser que el nunca las ha visto, porque yo estoy seguro de que si las viera se le oprimiría el corazón y algo trataría de hacer...-

-Bueno, pero, y ¿si si leyó tu carta y sencillamente no te quiso contestar?, porque vos no te has puesto a pensar en eso, solo le echas la culpa a los guardias y tal vez los pobres hasta se la fueron a dejar inmediatamente. O tal vez que no ha tenido tiempo de leerla, pero ya la tiene entre las cosas que va a leer... ¿Por qué no le das más tiempo, otro mes?-

-Ya se acabo el tiempo, Unica, y no para el tiene todo el tiempo del mundo. El tiempo se acabo para nosotros... Todo esta consumado, el relleno se cerrara el treinta de abril así vos lo creas o no, porque ya no se trata de un acto de fe. Los vecinos ya no pueden aguantar más, se les enferman los chiquillos, todo se les ensucia y se les contamina, y eso que ellos no viven aquí directamente, ahora imagínate como debemos andar nosotros por dentro... ¡te imaginas si nos sacaran una radiografía...!, seguro saldrían puros zopilotes todo encandilados con los rayos x.

E tiempo se nos acabo, la mierda ya le llego a la nariz a todo el mundo. Los vecinos de Río Azul tienen razón, los de San Antonio de Desamparados también y los de Esparza ni se diga, porque allá la cosa apenas va a comenzar y nadie sabe como va a ser. Ahora lo que sigue es el 'dime que te diré' entre el gobierno y los vecinos de Esparza, porque, como ellos dicen, "si el relleno sanitario va a ser tan moderno y no le va a causar molestias a nadie, entonces ¿por qué no lo ponen en San José y con eso no tienen ni que gastar en transporte?", ah, pero no, ahí hay gato encerrado, Unica, por Dios, por algo no lo ponen aquí en 'Chepe', porque si no, cual sería el inconveniente, si da lo mismo que este en Esparza que en la sabana, si total, no va a molestar a nadie... Eso es lo que la gente no termina de entender. Además de eso, claro, esta la cosa de que ¿a cuenta de que tienen ellos que aguantarse la basura ajena?, porque es como cuando, no se si vos te acordas, los gringos querían venir a botar su basura aquí a Costa Rica, y eso si era cosa seria, Unica, era un barco del tamaño de San José que iba a venir hasta la mierda de basura... y ¿qué?, que la gente se paro de pestañas y nadie acepto... bueno, hasta donde se sabe, porque aquí llega tantísima basura en ingles que a lo mejor si aceptamos sin darnos cuenta.-

-Ah, Momboñombo, a veces te oigo hablar y me parece que estoy oyendo aun comunista...-

-¡Que comunista ni que mi agüela!, no sabes vos que hasta los rusos se tiraron a la basura y ahora lo que tienen es un viejo gordo que lo único rojo que tiene son los cachetes, que cambiaron a la mama por un burro... pero ¿qué vas a saber de esas cosas...?-

Yo lo único que vengo diciendo desde hace tiempos es que en este problema no hay quien no tenga algo de razón, ni quien no este equivocado, y si me vuelves a decir que lo que pasa es que yo todavía no soy un aunque ya parezco el papa de todos los buzos. Lo que pasa es que ahora que asumí la responsabilidad de una familia, no la quiero criar aquí entre la basura.-

-Lo que más me gusta de vos es que hablas como si tuviéramos veinte años y estuviéramos empezando... cuando decís esas cosas ¡te quiero tanto...!

-Bueno, de alguna manera estamos empezando... si nos vamos de aquí a vivir una vida más decente sería como si estuviéramos empezando y sería muy bonito. Yo no se como has hecho vos para quedarte veinte años aquí,

si, si, yo se que la necesidad tiene cara de cabello, pero ya no es justo y no se trata de que uno sea un malagradecido con la vida, lo que pasa es que hay que preocuparse una vida mejor.-

-Eso esta muy bien, lo que yo no se es como lo vamos a hacer si de veras nos cierran el chinamo, como vos decís.

-Lo van a cerrar, tarde o temprano lo van a cerrar y algún día se van a dar cuenta de que lo único que se puede hacer con la basura es reciclarla, como dice la gente que escribe en lo periódicos. Yo sinceramente, no se muy bien que es eso del reciclaje, pero parece que se trata de volver a hacer que la basura sirva para algo, no solo para alimentar buzos, ratas y zopilotes, ni para que gente como nosotros viva igual que esos bichos indeseables...

## VI

## M

arzo fue tirado a la basura con todos los honores; a su sepelio acudió la multitud de buzos de siempre y un cortejo de más de cien carrozas recolectoras, y su heredero hizo una entrada triunfal con un titular de espanto: "RIO AZUL CERRARA EL RELLENO EL TREINTA DE ABRIL."

-¿Te lo dije, Unica, o no te lo dije?-

Los vecinos de Río Azul y San Antonio aseguraron que cerrarían el acceso a los camiones recolectores ese día para siempre y que no era de su responsabilidad lo que sucediera, aunque aun no hubiera donde ir a deponer las ochocientas toneladas diarias que regurgita la GAM.

Los dirigentes comunales dijeron que el cierre se daría conforme a lo acordado con el gobierno, en el convenio firmado el veintidós de diciembre del año pasado.

El documento había sido firmado por el Presidente, los Ministros de la Presidencia, de Recursos Naturales, Energía y Minas, y Seguridad, y establecía que "el incumplimiento de cualquiera de los puntos aquí estipulados será motivo para la anulación de este convenio, quedando la parte afectada exonerada de responsabilidad"... Pero, como decía Merulo, no todo lo que peca es culo: un Ministro de la Presidencia salió diciendo por el periódico que las autoridades del gobierno estudiarían el convenio que el y tres ministros más habían firmado el veintidós de diciembre junto al Presidente, tres meses atrás.

Conforme se acercaban la fecha del vencimiento del plazo comprometido por el gobierno, en la comunidad de Río Azul se vivía una tensión insoportable, sobre todo porque era hartito bien sabido que el gobierno el relleno de Esparza antes de esa fecha.

"El gobierno solo se burla de nosotros", explicaban los vecinos de Río Azul, "Nosotros no somos responsables de que la basura no se siga depositando aquí, ni de los problemas que se deriven. Independientemente de las mediadas que tome el gobierno, y en cumplimiento de un convenio firmado entre el y nosotros, hemos determinado poner un candado al basurero el treinta de abril."

El Ministro de Seguridad dijo que "...a menos que la comunidad lesione los derechos públicos, como la libertad de tránsito, no intervendrá la Fuerza Pública", pero a los vecinos no les quedó claro de cual libertad estaba hablando el Ministro, si se refería tal vez, a la libertad de tránsito de los camiones recolectores por la avenida del basurero. Por su parte, el gobierno lo único que podía asegurar era que antes de la fecha convenida, el contrato con la compañía metalúrgica que construiría el nuevo relleno, estaría firmado, pero la compañía esperaba la rehabilitación de cien Kilómetros de vía férrea y la construcción de un ramal de esta hacia el lugar donde sería instalado el basurero.

El seis de abril se anuncio que la compañía metalúrgica había concluido ya los estudios imparciales de impacto ambiental con un resultado favorable: nada que temer, el lugar era tan propio para un basurero que no se explicaban como no había surgido ahí uno natural desde el principio de los siglos. Mientras, los científicos de la universidad, que también realizaron estudios, desaconsejaban la zona como se de del relleno.

-¡Ahí fue donde la mula boto a Jenaro!-

La elección arbitraria del sitio para el relleno había sido salida política, no científica. Costaría una millonada de pesos al país. El relleno estaría ubicado tan lejos de la ciudad como no lo intereses turísticos de la comunidad, aumentaría sensiblemente el costo de recolección pagado por los ciudadanos. Pero el gobierno insistía encarecidamente en que no había ya alternativas, sencillamente no había donde ir a botar la basura, y punto.

Momboñoombó Moñagallo no lo pudo resistir más. Hablo con casi todos los cuatrocientos y pico de buzos del precario y comenzó a organizar una marcha pacífica hacia Casa Presidencial.

-Solamente le vamos a ir a plantear al señor Presidente nuestra situación, nadie va a tirar piedras ni a portarse mal...-

Los buzos nunca en sus vidas habían asistido a una manifestación de ninguna índole, por lo que asumieron la cosa como un paseo al que iban a ir a acompañar a Momboñoombó. Unica estuvo de acuerdo, pero con la condición de que todos se lavaran los dientes porque si no, no iban a escuchar a nadie.

El Oso Carmuco volvió a vestir su harapo púrpura porque según él, con un trapo de ese color era más fácil hablar con el Presidente.

Momboñoombó andaba esos días como decía Unica, con hormigas en el culo, de un lado para otro, hablando con la gente, tratando hasta el hastío de motivar a los buzos, tratando de convencerlos de que valía la pena caminar un par de Kilómetros hasta Casa Presidencial con tal de que les ofrecieran una oportunidad. Andaba con un montón de recortes de periódicos para convencer a todo el mundo de que la recolección de basura iba a ser privada, de que el basurero iba a ser privado, de que todo iba a ser privado, excepto el hombre, porque esa siempre había sido pública.

Los buzos lo veían ya como a un ser extraño... ¡Se le metió el agua a Momboñoombó, vieron!", y más bien les servía de diversión, lo tiraban de los brazos y le preguntaban que cuando era que los iban a echar de ahí, y cuando él comenzaba a explicar, todos soltaban la risa. Él seguía adelante porque ya se había acostumbrado a las bromas de los de abordo.

Una tarde pasaba por entre los montículos de basura y descubrió a El Bacán recostado a uno de ellos: se hacía la paja fruidamente. Él fingió haberlo visto, pero El Bacán lo saludó de lejos. Al rato lo alcanzó.

-¡Ya!-, le dijo aliviado.

-¿Ya que?, Bacán.-

-Ya termine.-

-¡Bueno!-, dijo Momboñoombó, -algo has madurado, después de todo,- pero ya El Bacán iba bailoteando al lado cantando -"Cuando esta la luna sobre el horizonte, muchos enanitos juegan en el monte..." ¿Verda que a mí también me vas a llevar a la casa del Presidente...-

-Claro que sí, Bacán, si no con quien te íbamos a dejar.-

Y más en broma que en serio, llegó el día de la marcha.

Los buzos que decidieron acompañar a los Moñagallo sumaban unos cincuenta y estaban listos con sus mejores galas. La procesión parecía la del día del juicio, pero todos iban alegres brincando por las calles. El Bacán iba de la mano de Unica, saludando a la gente a su paso. No llevaban pancartas, ni altavoces, ni mantas, ni iban gritando consignas; solo interrumpiendo el tránsito, y revolcando cuanto basurero se les aparecía de camino. El Oso Carmuco se puso a bailar como la gigante de los payasos, dando vueltas con los brazos sueltos y la cabeza hacia un lado. La Llorona iba con ellos con su bebe en brazos, y todos juntos parecían una mancha caminando por las calles detrás de Momboñoombó. Todos comenzaron a cantar la conocidísima canción "La mar estaba serena, serena estaba la mar, la mar estaba serena, serena estaba la mar... con a, la mar estaba sarana, sarana, estaba la mar, la mar estaba saraana, sarana estaba la mar, con e, le mer estebe serene, serene estebe le mer, le mer estebe sereene, serene estebe le mer, con i, li mir istibi sirini, sirini istibi li mir. Li miristibi sirini, sirini istibi li mir, como, lo morostobo sorono sorono ostobo lo mor, lo mor ostobo sorono, sorono ostobo lo mor, con u, lu mur ustubu surunu, surunu ustubu lu mur, lu mur ustubu surunu, surunu ustubu lu mur, con a..."

La gente lo veía pasar con la única canción que entonaron durante toda la caminata. No había quien que detuviera a verlos pasar sin entender un carajo de lo que estaba pasando. Algunos dueños de establecimientos comerciales comenzaron a cerrar a su paso, porque los buzos se metían por todo lado y volvían a salir sin ningún propósito, o eran echados a empujones.

La marcha de la mancha llegó a San Antonio de Desamparados. Los niños se metían a los jardines a robar de agua de los grifos desprevenidos y entraban a las casetillas de los teléfonos públicos a jugar; pero El Bacán iba absolutamente al margen tomado de la mano con su madre, adelante, al lado de Momboñoombó Moñagallo, cantando 'La mar...'. Mientras, algunos buzos que venían de camino, luego de fijarse con mucha atención, los reconocían y se les unían.

A alturas de San Antonio de Dos Ríos, una patrulla de la policía se interesó por el fenómeno y se adelantó hasta la cabeza de la marcha; preguntaron los policías de que se trataba aquello y obtuvieron una detallada explicación por parte de Momboñoombó; tan clara y cuantiosa que su instinto los llevó a avisar de inmediato a Casa Presidencial lo que estaba pasando y en un abrir y cerrar de portones la Fuerza Pública estaba acordando el objetivo.

Los buzos iban cantando por la carretera entre San Francisco y Zapote, con un embotellamiento de autos a sus espaldas, con sus conductores enfurecidos vociferando por el retraso y por la hediondez que se desprendía de aquella marcha de zorrillos apestosos. Pero eran más de cincuenta ya, y dispersarlos en media calle se hacía difícil.

La Fuerza Publica no tardo en idear la mejor estrategia para devolver a los buzos sanos y salvos al averno de su origen, y luego de mantenerlos a una distancia prudente explicándoles además que no podían hablar con el Presidente, el dinosaurio hizo su aparición. Veinticinco metros desde su punto más elevado, el tanque-bomba apareció acompañado de su inseparable camión cisterna; ambos con sus panzas llenas de agua, hicieron que todos los buzos quedaran boquiabiertos, petrificados, mirando como a una distancia de ochenta metros aquel animal antediluviano comenzaba a lanzar agua desde la eyaculacion de su manguera y los de abordó quedaban empapados aun antes de que pudieran siquiera imaginarse por que. El Bacán se asusto y comenzó a pegar gritos, pero se calmo cuando vio a todos los buzos tomar la cosa a la ligera y bailotear debajo del aguacero de artificio que se les estaba viniendo encima.

Los buzos solo gritaban y brincaban empapados de pies a cabeza; tan tan mojados ya que hasta se les estaba destiñendo el color grisáceo mugre de sus caras y sus brazos. La ropa se les estaba cayendo en tiras y cuando la manguera apuntaba más directamente, más de uno caía sentado en el pavimento, muerto de la risa y con algún pedazo menos de su indumentaria.

Unica fue alcanzada por una ráfaga de agua y se levanto directamente hacia el cordón de policías no menos mojados, se puso de espaldas y les 'tomo una foto': se levanto la falda y les pelo el culo, lo cual fue infinitivamente celebrado por los buzos en medio de unas carcajadas contagiantes; hasta los policías tuvieron que reír. Otra ráfaga alcanzo a El Bacán y lo revolcó por la calle; de nuevo volvió a pegar gritos y a llorar hasta que Momboñombo lo levanto y lo puso a salvo, pero estaba tan empapado y gratando tanto que se le enronquecía la voz y se le irritaban los ojos.

Y en eso estuvieron hasta terminar con toda el agua del tanque y del camión, que no fue reabastecido por considerarlo absolutamente innecesario. Ya todos los alrededores de Casa Presidencial, incluyendo sus jardines y el puesto de vigilancia, estaban empapados, así como las casas vecinas, las aceras y cuanto auto atino un buen rato en dispersar al carnaval de la miseria. Una vez agotada la ultima gota de agua, los buzos comenzaron a protestar y a pedir más, pero la policía les explico que ya no habia, que era un desperdicio y que ya se habia terminado la fiesta, que se tenían que marchar; cosa que hicieron no muy convencidos.

Emprendieron la marcha mojados hasta el tuétano y ya entrada la tarde. La visita habia sido todo un fracaso, pero solo Momboñombo Moñagallo estaba consciente de ello. No pudo hablar con el Presidente, no le pudo decir que habia conocido a su padre, ni presentarle a su familia ni explicarle el problema. Iba derrotado directo a la basura, igual que seis meses atrás; pero los demás iban contentos con un ataque de asma preocupante. Llevaba sus ropas destilando el caldo café de sus mugres acumuladas, sus cabellos, largos de nuevo, pegados a la nuca y sus barbas habían tragado agua como esponjas; iba tosiendo y tiritando de fiebre cuando llegaron a casa ya de noche. Se habían secado de camino y estaban tan agotados todos que llegaron directamente a dormir.

A la mañana siguiente el Oso Carmuco llego a ver como seguía El Bacán, y encontró a Unica y a Momboñombo con orejas por las rodillas. Toda la noche en vela friccionando al niño, tratando de calentarlo, ayudándole a incorporarse para que pudiera respirar mejor. Solo lograba dormir conforme calentaba la mañana.

Dejaron a El Bacán dormido y fueron a preparar el desayuno. Tortillas calientes y café negro desayunaron los Moñagallo y el Oso.

-Fue la mojada lo que lo puso enfermo...pobrecito mi chiquito, con esa asma que padece...-

Unica se lamentaba de no haber sido más precavida y Momboñombo se sentía culpable porque...

-Nadie me tenia pensando que nos iban a escuchar, Unica, por Dios, todo fue culpa mía...-

Deja de decir tonteras, como ibas vos a saber que nos iban a bañar con esa cosa, solo por ir a hablar con ese señor ni siquiera nos conoce...-

-Era de suponerse, Unica, solo a mi se me ocurre. ¡Ay, Unica, si algo le pasa a El Bacán...!-

-¡Callate, hombre!1, que estas diciendo... El solo esta resfriado, vas a ver que ahorita esta bueno...-

Pero paso un día y paso otro y El Bacán no dejaba de toser hasta el vomito y la fiebre no le bajaba. Momboñombo estaba decidido a llevarlo al hospital, pero Unica no permitía por miedo a que se lo quitaron al darse cuenta de que no tenia documentos que demostraran que era suyo.

El Oso Carmuco recogió una cuota entre la gente y compro una gallina para friccionar al niño con envidia y para prepararle un buen caldo que debió a sordos, a cucharaditas porque se estaba quedando sin fuerza.

Todo el precario estaba tanto de la enfermedad de El Bacán y todos compadecían. Momboñombo salía de cuando en cuando a despejarse y a hablar con la gente de su culpa en el asunto, y no lograba entender lo que le decían, "que nadie se imagino lo del agua", "que quien iba a pensar que de puro gusto los iban a bañar de esa forma",

“que habia más de un niño enfermo, claro, ninguno como El Bacán, pero que hasta los grandes andaban moqueando desde ese día”.

Unica ya estaba en el hueso de velar en el lecho de El Bacán y no habia manera de que comiera lo que Momboñombo preparaba. El tampoco comía gran cosa y los días se pasaban sin mejoría, sin que nadie saliera a bucear, agotando las arcas, y viviendo de lo que el Oso Carmuco, la Llorona y algunas vecinas les llevaban.

Unica no se despegaba del niño, le contaba los cuentos de siempre, le cantaba las canciones de siempre y le recitaba ‘cultivo una rosa blanca’, pero El Bacán no daba señas de estarse recuperando, ni se recuperaría.

A mediados del mes de abril, la situación se agravo pese a los mejores esfuerzos de Unica y Momboñombo, se agravo hasta tal punto que el salió en busca de un medico que, obviamente, no encontró. El viejo volvió dos horas más tarde en medio de la desesperación de no haberle parecido lo suficientemente serio a ningún medico de los que llamo por el teléfono publico de Río Azul, ni a ninguno de los que fue a buscar personalmente a San Francisco de Dos Ríos... No habia una sola barca entre tanto río y el naufragio parecía inevitable. Cuando los médicos preguntaban la direcciones y el viejo les decía que el niño se encontraba en el precario del basurero, ellos ni siquiera se reían; realmente lo tomaban como un chiste de mal gusto.

El Bacán estaba delirando de fiebre cuando Momboñombo llego a casa; cantando canciones antiguas y recitaba la recitación del jardín. De pronto llamaba a Unica, a Momboñombo, o al Oso, pero era claro que no se estaba dando cuenta de lo que pasaba.

Unica estaba hincada al pie de la cama con un rosario en la mano ofreciendo novenas a las Animas Benditas y limosna para los pobres; las señoras vecinas la acompañaban en su plegaria, en su ultimo esfuerzo. El Oso rezaba también y la Llorona no decía nada pero lloraba en silencio. Momboñombo lloraba mordiendo una vieja almohada, con todas las esperanzas perdidas, mientras el rostro de Unica iba adquiriendo un tono amarillento como de escultura hecha en raíz de café... Estaba delgada, enjuta, con la ropa pegaba al cuerpo, mojada en su sudor y el de su hijo, con una mirada incrédula que se perdía segundo a segundo en una nebulosa de resignación demencial; no parpadeaba ni lagrimaba, porque ya sus ojos estaban secos y se les veía el fondo plano y opaco, carente de cualquier misterio.

Y en medio del naufragio del genero humano, El Bacán murió entre su tos y la mirada petrificada de sus padres. Tosio fuerte, respiro profundo, grito ‘ush’, y se fue.

Momboñombo lloraba como una hiena y se rasguñaba la cara, pero Unica estaba inmóvil, ajena a los llantos de los amigos... –No hay justicia, Unica, por Dios, no hay justicia...-, gritaba Momboñombo.

-Si hay...-, fue lo ultimo que murmuro Unica, -...pero esta sin hacer...-

Y luego de una noche en vela, hacia el amanecer, muy temprano aun, llevaron el cuerpo de El Bacán al centro del basurero y lo tendieron ahí, siguiendo las indicaciones que Unica daba sin hablar. Todos juntos alrededor rezaron por el alma del niño dirigidos por el Oso Carmuco quien, a duras penas, alcanzo a confortarlo con los Santos Sacramentos. Rezaron y rezaron y lloraron y callaron con la vista fija en el cuerpo, cuya cara habia sido rasurada y sonrosada con colorete. Con la vista fija en el cuerpo del niño, todos vieron sin asombro como el basurero se lo habia empezado a tragar. El cadáver se hundía suavemente entre la tierra y la basura como en arena movediza. Poco a poco se iba cubriendo solo, hasta que quedo fuera únicamente un mechón de cabello... unos instantes, y desapareció luego entre las fauces de la tierra.

Los zopilotes volaban alrededor en rígida formación.

Para cuando llegaron los operarios de los tractores y los camiones recolectores, ya todo habia pasado y Unica volvía a casa guiada por Momboñombo. En menos de quince días habían envejecido años y caminaban con dificultad.

Momboñombo lloraba desconsoladamente pero en silencio, solo las copiosas lagrimas lo delataban. Pero a Unica se le habia petrificado el corazón y el rostro... toda ella, y callaba. Sin lagrimas ni llanto, se le escurrían los días por el caño de su dolor; solo bebió agua de azúcar que su esposo le preparaba temeroso de que muriera también, y entonces, esta vez el no tendría más basurero donde precipitarse, no habia basurero para el basurero, y esta vez no seria maricon y acabaría con todo de una sola vez...

-Sin hacerle daño a nadie...-

No volvió a leer los diarios y no se entero de que la comunidad de Río Azul extendió el plazo ocho meses más para dar tiempo a la construcción del relleno de Esparza. No se volvió a enterar de nada, solo pasaban los días cuidando a Unica, dándole cucharaditas de caldo cuando ella daba señales de aceptarlo. No se entero de un folletito cuyo borrador llego al basurero en el elegante camión celeste en el que la Universidad aportar su cuota. No supo que trataba del informe de Impacto Ambiental elaborado por los científicos de la U., donde se demostraba cuan errónea habia sido la elección de la finca Medina como sede del nuevo relleno, cuan política y no científica habia sido la coronación de Cabezas de Esparza como nueva Reina de la Basura. Momboñombo Moñagallo no leyó el informe y, muy probablemente no lo habría entendido tampoco, dado su alto nivel técnico y científico; pero como no hay que ser científico para comprender ciertas cosas, seguramente el viejo habría entendido perfectamente que se trataba de un lugar que distaba mucho de ser ‘olla’ que el gobierno aseguraba que era; porque eso de llamar ‘olla’ al punto donde

entran en contacto las aguas de marinas superficiales que penetran por el estero Mero, con las aguas subterráneas, y las aguas recolectadas por el sistema de drenaje de la quebrada Barbudal... ¡coño!, eso como confundir el perol del arroz con la bacinilla.

Pero nada de eso decía el informe científico de la compañía metalúrgica que se ganaría unos cuantos pesos por construir el nuevo relleno en esa finca; así como tampoco decía nada de la virtual contaminación del estero Mero y la consecuente pérdida de UN MILLON DE METROS CUADRADOS DE BOSQUE DE MANGLAR, pese a que la ley indica claramente que “los manglares o bosques salados que existen en los litorales continentales o insulares y esteros de4l territorio nacional, y que forman parte de la zona publica en las zonas marítimoterrestre, constituyen Reserva Forestal, y están afectados a la Ley Forestal y a todas las disposiciones de ese decreto”. Ni mencionaban tampoco de la naturaleza permeable del suelo, ni del pequeño detalle de que cavando un metro, comenzara ya sentirse la presencia de las aguas subterráneas, ni que el suelo mismo era agrietado, como preludiando ya la ulcera que significa un relleno en el.

Pero, lo malo del informe de la Universidad era su difícil comprensión ; pues muy difícil había de ser su lectura para que no se le considerara, aun advirtiendo que remplazar el relleno en la finca Medina, “los distintos afluentes líquidos que salieran de el, arrastrados por las aguas dulces de la quebrada Barbudal situada en la parte trasera de este, seguirían por el estero Mero y el río Barranca para seguir luego, los compuestos contaminantes, distribuyéndose por la corriente de deriva litoral hacia el Golfo de Nicoya”... cagandose en todo a su paso, en las playas de Puntarenas, en la vida marina interior del golfo... en todo, en todo. Y, por si fuera poco, se hacia caso omiso también de las repercusiones del traslado de la basura por la fía férrea, por atravesar esta ríos y quebradas, algunos con cauces de dimensiones considerables como el del Río Virilla y el Grande de Tarcoles, y por carecerse del todo de mecanismo emergentes en casos de crecidas de agua que socavaran las bases de los puentes, o en caso de sismos fuertes...

Se menospreciaba también el hecho de que la Estación del Pacifico se fuera a convertir en un basurero, por ser el futuro puerto de embarque y la bodega de desechos, a apenas setecientos metros del centro de la capital y a ciento cincuenta metros de la Maternidad Carit, donde nacen los josefinos. Y todo ello a la par de un sin fin de inconvenientes... El viejo no se enteraría tampoco de los logros de la resistencia espartana, ni de las amenazas, de parte del gobierno, de dejar el problema en manos de las municipalidades.

Pasado un tiempo, Momboñombo Moñagallo comenzó a salir a bucear de nuevo porque alguien debía procurar el alimento al hogar; pero siempre volvía a encontrar a Unica inamovible en su duelo. El le hablaba siempre, aunque fuera como hablar con la pared porque ella no contestaba, no le dirigía la mirada, no se movía, no se rascaba la piel, que era el movimiento mínimo de un buzo...

-¡No haces nada, Unica no haces nada por salir de ahí!, y ahora me doy cuenta de que todo, todo era falso, tus mentiras eran lo único que te sostenían en pie. Te mentiste durante veinte años de tu vida para no morir de tristeza, te trajiste todo para acá, la tradición familiar, las buenas costumbres, la maternidad, el horario de las comidas, todo, todo, solo para no volverte loca. Pero ¿qué locura era esa?, ¡Unica, por Dios!, ¿qué locura era esa de cocinar en tu fogón para ese montón de buzos que la mayoría de las veces ni traían nada mas que una puta hambre de Dios Padre y Señor Nuestro...? ¿Qué locura era esa?, ¡Unica, por Dios!, que te hacia celebrar las navidades, los quince de septiembre, los doces de octubre... Todo era de mentirillas, Unica, era como jugar de casita mientras la realidad era que te estaba llevando puta de la tristeza de verte reducida a buzo después de haber sido maestra tantos años y haber vivido con las maestras la ilusión de enseñar a los niños a leer, y de creer firmemente que somos independientes y que Colon nos trajo la salvación y todo el cuento de hadas que es nuestra historia, mientras te desechaban por no tener un título y te daban una pensión de mierda que te llevo a la miseria...-

Momboñombo hablaba y hablaba entre un llanto seco que le alborotaba el asma. Hablaba con toda su propia biografía atravesada en la garganta, como si mas bien, estuviera contando la historia de la resignación universal de los pobres. Mientras, Unica, como una muñequita de trapo del folclor urbano, de cuando en cuando suspiraba por inercia y seguía sumida en el autismo del absurdo.

Alguien empujo la puerta y la luz del medio día lo cegó un instante. Poco a poco, Momboñombo fue reconociendo en la silueta de la entrada a Don Retana, que con sus ochenta y cinco años a cuestas había hecho un esfuerzo sobrehumano por subir la cuesta de la colina. El supo tardíamente lo de El Bacán, porque si no era Unica quien lo visitaba, el no tenia otro contacto con los buzos. Entro arrastrando los pies y se aproximó a Unica. Le acaricio la cara y el cabello, la observo largo rato sin decir nada, suspiro y se sentó al lado de Momoñombo. En silencio, un viejo al lado del otro.

-Lo siento en el alma, Momboñombo. Lo supe ayer y supe que ya hace casi un mes de la tragedia, pero uno que es un viejo no puede subir tan rápido esa cuesta... Ya nada es como antes, como cuando yo era mariner... estos brazos que usted ve ahora todos caídos, eran así de gruesos y el pecho hasta que daba gusto... pero véame ahora...-

-Ni me diga, Don Retana..., yo se que usted hubiera venido.-

Momboñombo comenzó de nuevo a hablar de los sofisticados mecanismos de Unica, de los hilos de marioneta con los que lograba sostener la aparición de una vida basaba en modelos aburguesados en medio del mierdero más

ingrato del país: la olla de carne de los domingos, cuya carne se regalaba con algún otro desperdicio y que ella llegaba jurando que los había comprado, que había hecho fila hasta el buenazo del carnicero le daba la bolsa de desechos de carne por la puerta trasera del negocio, y que las verduras que ahogaba en el caldo de los huesos, las juntaba de los caños de la calle de la Feria del Agricultor... y casi con todo, con la maldita costumbre de perfumarse con aquella agua podrida que revolvió en su botella, que expelía un olor tan fuerte que hasta ahí en el basurero se sentía.

-Pero ella creía que se estaba perfumando, Momboñombo...-, interrumpió don Retana, -...y, francamente eso era lo único que importaba.

Cuando yo me retire de la mar, vine con platilla, hice mi casa, crié a mi familia, después enviude; pero mientras tuve los brazos firmes anduve con camisetas de tirantes para que todo el mundo me viera los tatuajes y supieran que yo era marinero, aunque hacia años ya que no era más que un marino retirado que tenía que ganarse la vida haciendo trabajitos en las casas de la gente, allá en San Francisco de Dos Ríos. Donde las señoras que me tenían lastima me ponían a limpiarles el jardín, a destacarles las canoas, a pintar el cinc... a lo que fuera, y yo, como siempre fui medio sordo ni me enteraba de nada, solo trabajaba y trabajaba. Después, se me murió Mary, y... ¡yo no se para que le cuento este cuento, Momboñombo! La cosa es que yo conocí a doña Unica desde que empezó a venir aquí. Ella era una señora muy hablantina que entraba por la puerta de atrás y se sentaba conmigo en el bus y así fue como nos hicimos amigos. Después, cuando se vino a vivir aquí definitivamente, yo mismo le ayude a levantar este ranchito, siempre le ayudábamos mi esposa y yo y comentábamos en la casa que la señora esta era admirable, que no daba el brazo a torcer, siempre lo más arregladita posible, siempre como aparentando que no pasaba nada, que aquello era por un tiempo. Pero ya ves, aquí se quedo.

Y más cuando se encontró al El Bacán...-

Don Retana hablaba sin saber que le estaba despedazando el corazón a Momboñombo. El viejito contó la historia de los últimos veinte años y Momboñombo se dio cuenta de que no difería en nada de la de los últimos seis meses. Unica había logrado encerrar al tiempo en una de sus botellas y no lo dejaba pasar. En el basurero tal vez sucedían muchas cosas, tal vez no, pero en la vida de Unica no pasaba nunca nada... El Bacán celebraba cumpleaños pero no cumplía años. Don Conce se había muerto, pero Unica seguía hablando de él como si estuviera vivo, aunque le rezaba cada vez que calculaba que ya había pasado un año más de su muerte. Unica había congelado el tiempo para poder vivir... se había inventado la vida misma. Había arriesgado el pellejo encaramándose en el techo del ranchito solo colocar una inútil antena de televisión de las que veía en las casas de los barrios. Había organizado las ollas comunes para imaginarse una familia grande... Y así funcionaba y funciono bien. Pero ahora había muerto El Bacán, y ella que logro sobrevivir al desmoronamiento de su mundo y tuvo fuerzas para inventárselo de nuevo, ahora, ante el absurdo doloroso de la desaparición de su hijo, había quedado inerte como para levantar el mundo una vez más. Y justo ahora que el gran basurero hasta le había prodigado al príncipe azul y ya se estaba haciendo a la idea de comer perdices; justo en ese momento le explotaba en pedazos la esfera herrumbrada y abollada de su mundo; ahí cuando la mosca rompió la telaraña de una araña añeja que ya no podía remendarla de nuevo.

Momboñombo decidió que los días de basurero habían terminado; junto todos los ahorros de Unica con los suyos y aviso que se iban.

El Oso Carmuco les dio sus ahorros y de nuevo recogió una suma entre los vecinos para la causa de los viejos.

Dejaron la casa abierta. El solo empaco algunas cosas, convencido de que más que servirles estorbarían, pero no tuvo corazón para deshacerse de los libros preferidos de El Bacán, ni de algunos de sus juguetes, más unas cuantas cosas para sobrevivir, unas cobijas raidas, un comal, un perol, la gran botella de perfumes de Unica para perfumarla todos los días como había venido haciendo, todos los cepillos de dientes y las tripas de dentríficos, el tapiz de los perros jugando billar y algunos corotos más, la mayoría de ellos inservibles.

El Oso Carmuco los acompañó hasta la estación del autobús de Puntarenas, pago los pasajes con lo recaudado, los dejó sentados en sus asientos y los abrazó largo rato; beso a Unica y le dijo que ella también había sido una madre para él... y para todos, y se alejó como llorando.

Cuando el encargado recogía los boletos, reparo en la extraña pareja pero como habían pagado sus pasajes no dijo nada.

Unica iba sentada en el asiento de la ventana pero no iba viendo nada; tampoco pregunto a donde se dirigían, solo se dejó llevar, enjuta y temblorosa como un pajarito, con la vista fija y el alma raida.

Ni el verdor del camino, ni el calor, ni el azul arrependido del mar de Puntarenas penetraron el muro que envolvían a Unica. Ella se bajo del bus igual que cuando lo abordo, sin expresar ni siquiera un síntoma de que se daba cuenta de lo que sucedía.

Momboñombo la abrazó, alzó el envoltorio con las cosas, y comenzó a guiarla hacia el mar. Caminado bajo un sol que Unica no distinguía de su penumbra interior, hasta llegar al Paseo de los Turistas donde hallaron un poyo donde sentarse a mirar al mar. Era medio día y no almorzaron, solo miraban al mar; a la noche, el saco las cobijas, o mas bien, saco las cosas de las cobijas con las que había improvisado una valija y se cubrió junto con ella, pero siguieron viendo al mar.

Temprano por la mañana, Momboñombo despertó y sintió un ligero alivio sin saber por que; pero Unica no daba muestra de haber dormido, así como tampoco de haber trasnochado, simplemente seguía ahí, con la breve variante de que había dirigido su mirada al mar.

El viejo recogió las cobijas, acomodó el motete al lado de Unica y fue por algo para desayunar, con lo que volvió más tarde para encontrar a su esposa exactamente igual que como la había dejado. Pero él no había dejado de hablarle en ningún momento...

-Ve que rico lo que traje para el desayuno, Unica, unos bollitos de pan del que te gusta a vos, con jalea de guayaba...-

Y le unte el pan con jalea y se lo llevo a su boca, en pedacitos pequeños que ella aceptaba maquinalmente.

Los ahorros alcanzarían a lo sumo para una semana.

Ellos, sentados de cara al mar pasaron el día y hacia la tarde comieron de nuevo pan con mantequilla derretida del calor, que él también había comprado para la sorpresa de la cena.

A la mañana siguiente se retiró lo mismo, esta vez con carácter de ritual, pero de vuelta, Momboñoombó acertó a robarse una rosa de un jardín y después del desayuno se la puso a Unica en las manos, la llevo a la orilla del mar y le enseñó a deshojar para tirar los pétalos al agua... despacito, poco a poco, de uno en uno, sin tirar el otro antes de que el anterior no hubiera desaparecido entre las olas, hasta que solo quedara el botón desnudo con el tallo que también había que arrojar. Luego, de vuelta al poyo a sentar a Unica a mirar al mar.

Agotadas las arcas, Momboñoombó, que para ese entonces ya era un buzo tan auténtico como cualquier buzo, dejaba a Unica mirando al mar y se iba a recoger cuanto cosa reciclable hallara por la playa, en especial latas, porque había tantas que bien se ganaba con ellas lo suficiente como para no dejar de comer a deshojar la rosa robada a las olas de la orilla y juntas veían como el mar se tragaba cada pétalo, cada pétalo... cada pétalo.

La experiencia acumulada llevo a Momboñoombó a bucear también por las calles y por el mercado, de donde conseguía no pocas cosas que comer o reciclar que las vendría luego en un puestito que improvisaba con una de sus cobijas, sobre la cual se sentaba con su trajecito gris y su sombrero de lona blanco mugre, a exhibir su mercancía: recipientes plásticos que él lavaba y pulía con arena y agua de mar, sandalias izquierdas que no coincidían con las derechas, vasos plásticos de las ofertas de las compañías de gaseosas, trapos viejos, ropa vieja, infinidad de chunches de los que botan los turistas...

La playa estaba atiborrada de basura, pero solo el ojo clínico de un buzo sabía sacarle provecho al desperdicio, y día a día Momboñoombó trabajaba duro para que nada les faltara, especialmente a Unica y, abajo ninguna circunstancia su rosa robada, que ella deshojaba como en un tributo al mar que quizás le devolviera a su alma su naturaleza de celofán y a sus ojos un atisbo de mirada.

Pero cuanto tiempo tendrá que pasar antes de que a golpe de pétalos sobre las olas, Unica comenzara a intentar una sonrisa, o algo que se le apareciera y no fuera más que el alegrón de burro que se llevaba Momboñoombó cuando la veía y él juraba haber visto una chispa de vida en el gesto que al cabo de un rato, se le comenzaba a desdibujar, a irsele, como una ola de la playa de sus dientes postizos.

